

LA NOVELITA

Nº 5

LOS HEROICOS
AMORES
DE



30 cents.

p. claperd-

MARCO ANTONIO
Y CLEOPATRA

LA NOVELITA

Publicación quincenal de grandes amores históricos
y literarios

Año II

Núm. 5

Redacción y Administración: Bou de San Pedro, 9 BARCELONA

Los Heroicos amores de

Marco Antonio y Cleopatra

Novela original de

LAURA BRUNET



J. SANXO, Ltda.

Bou de San Pedro, 9
BARCELONA

D
PO
6159,9
N6982
E78ma
1930z



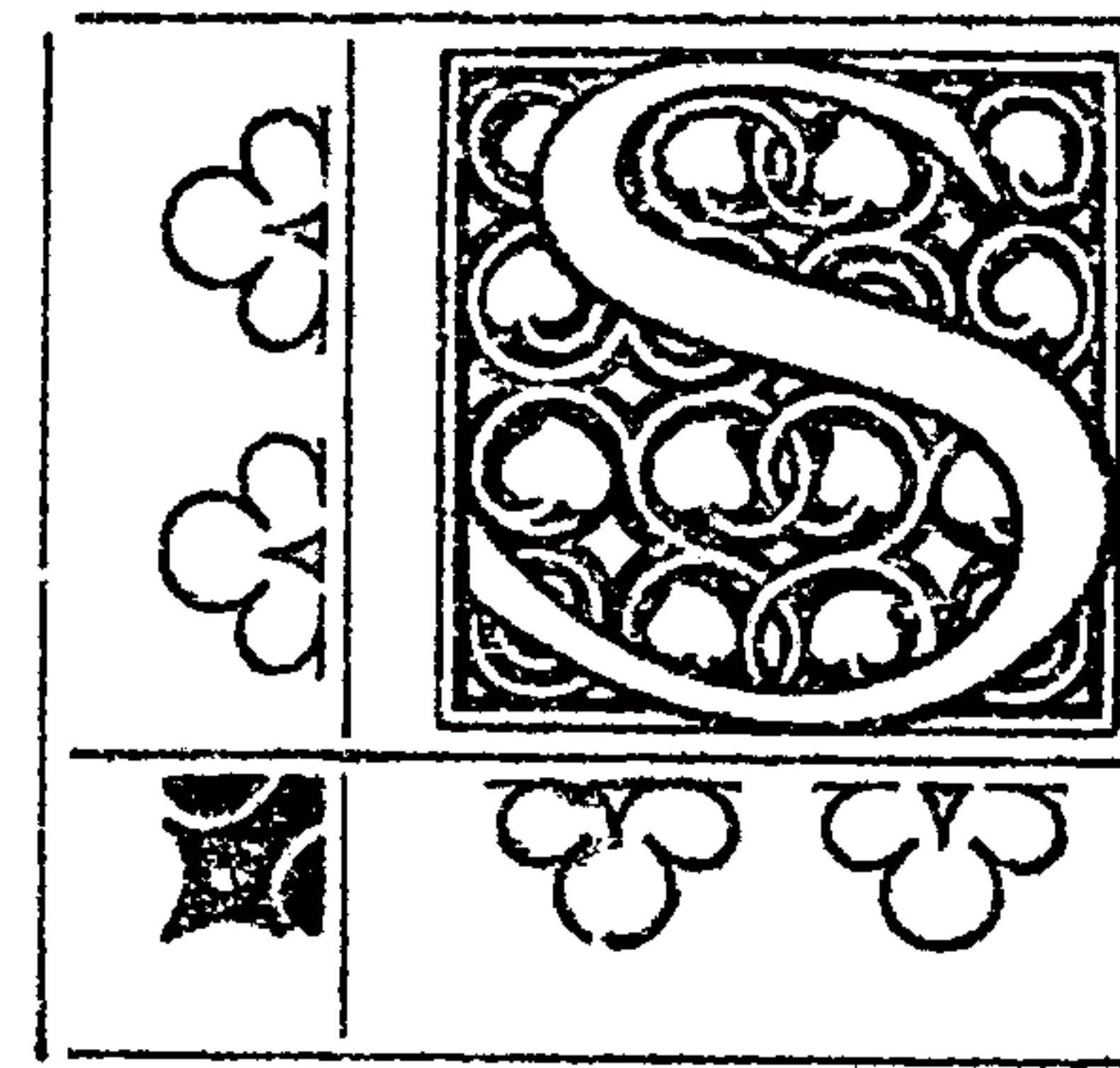
ES PROPIEDAD

Prohibida la reproducción, traducción y adaptación teatral o cinematográfica. Quedan reservados todos los derechos para España y países de habla española. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Nota breve: Precisa advertir al lector que cuantos datos, frases, situaciones geográficas, descripciones de paisajes, fauna, flora, etc., figuran en este novelín, así como en todos los que bajo mi firma se han dado en esta colección, son rigurosamente exactos y pueden resistir el microscopio de los historiadores y la lupa de los críticos. Es nuestra intención popularizar los grandes amores de la historia o de la literatura, sirviendo fielmente al lector aquello que estimamos digno de llegar a él, desterrando toda fantasía ilógica y despreciando todo lo que los hombres pacientes han repudiado al adentrarse en los ambientes históricos literarios. Así, la reina Cleopatra que hoy ofrecemos, es la que han visto los grandes egiptólogos y el Marco Antonio con el que las vas a establecer contacto, el que Plutarco y Cicerón hicieron vivir en sus obras imperderas. Esta nota, que en ediciones materialmente prestigiadas, habría de parecerse a una fátiga y descocada, la diputamos poco más que indispensable en la presente, para llamar la atención de los distraídos. — L. B.

I

JUVENTUD PATRICIA



OBRE el Palatino, en el incierto azul del firmamento, limpio y sin manchas, agonizaban las últimas estrellas. La choza de Rómulo, que al través de los años habíase convertido en solio del mundo, comenzaba a glorificarse con los dorados matinales. A sus pies dormía la ciudad, con el sueño de un monstruo ahito de carne y de placer, con pesadez de ogro satisfecho. Los muros blancos de los palacios más altos, semejaban lagos luminosos entre las arterias de la urbe. Los templetos recortaban a contraluz sus esbeltas columnas. Deslizábase el Tiber soñoliento, como una sierpe de escamas de plata y en sus aguas esparcía movedizos reflejos la lechosa luz del amanecer. En el límite, más allá del Campo de Marte, levantaban sus negras siluetas los viejos cipreses de la Via Apia. A lo largo de caminos y carreteras, veíase avanzar al paso lento de vacas y borriquillos, los labriegos de la Campania, que acudían a la metrópoli para vender los productos de la tierra, y las interminables caravanas de los mercaderes de Oriente con sus camellos cachazudos. De tarde en tarde, en la lóbreguez de las calles, patrullas de pretorianos, dejaban oír el tintineo de sus armaduras y en la quietud, resonaba su caminar metódico y acompa-

sado. Los escasos ciudadanos que se cruzaban con ellos les dejaban libre el paso acurrucados en los quicios de las casas, o les saludaban con la diestra en alto, según la clase a que pertenecieran. Los pobres, les temían. Los ricos, les respetaban. Los influyentes y los políticos, les veneraban. Unos y otros tenían sus razones para ello. Pero al correr de los días y de las luchas intestinas, las razones de los primeros se acentuaban y las de los otros se precipitaban en el caos espantable del terror, al sentir en sus propios hombros, las garras de los cuervos que ellos criaran.

Nada bueno puede esperarse de quien ha venido al mundo con la misión de servir al más fuerte y esa y no otra era la de los hombres del Pretor y a cumplirla se limitaban.

Una de estas patrullas, al penetrar en el turbulento barrio de la Suburra, caos de vicio y corrupción de la plebe, hubo de desceñir los espadones para hacer frente a un grupo de jóvenes patricios que avanzaban a pie, rodeados de rameras y cómicos alborotando el arrabal. Invitarónles cortésmente a ser más comedidos en sus diversiones, pero uno de ellos, el más hermoso y de más noble continente, acercóse al que mandaba el escamote y cogiéndole del brazo amigablemente barbotó, apoyándose en él para mantener el perdido equilibrio:

—Oye, futuro Pretor de la gran metrópoli: por hoy habrás de dispensarnos, pero te juro por los dioses que te quiero propicios, y por Hércules, que es el más grande de todos, que aunque fueras el mismo Cónsul y nos hablaras en nombre y representación del propio Senado, no podríamos obedecerte en la presente ocasión. Ya estás viendo que la noche termina y ahora podría yo hacerte un elocuente discurso en mi estilo preferido, que es el asonante, cantando las bellezas de este amanecer esplendoroso, pero Baco reclama nuestros fervores y no puedo entregarme a las delicias de la elocuencia. Tú eres un joven pretoriano, es verdad, y ya sé que se te deben todos los respetos y todos los honores. ¿No es cierto, amigo Curión, que a los guardias pretorianos se les deben todos los honores y todos los

Bien, no debes enfadarte, ¡oh, representante de la paz ciudadana!, si mis amigos no contestan a mis preguntas; pero como comprenderás fácilmente, cuando se ha libado más de lo debido, la lengua no obedece a la voluntad. Roma es grande, ¡oh insigne ejecutor de la urbana autoridad! ¡Y yo, parto mañana con el bravo Gabinio hacia tierras de Siria! El tiempo pasará. Todos lucharemos en nuestro puesto para triunfar y ser dignos de Roma. Cuando tú llegues a Pretor, yo seré ya general de nuestras cohortes o quizá estaré arriba, allá en el Palatino, disponiendo de los destinos del mundo. Bien; cuando esto acontezca, juro sentarte a mi izquierda en los banquetes. A la derecha no podrá ser, porque allí habrá de estar éste, el gran Curión, que en ciertos momentos apurados supo salir fiador por mí, ante mis acreedores. Aquí todos somos amigos de la república, y el Senado es intangible, y los romanos descendemos todos de los dioses y yo, que llevo en mis venas sangre de los Heráclidas, te convidó a acompañarnos, amigo pretoriano, a celebrar mi despedida en esta noche memorable.

Sonreía el guardia al escuchar el lato discurso de aquel joven arrogante, que con su vestidura burda de saco y su gran espadón en la diestrá, evocaba en verdad las gallardas esculturas de Hércules de quien decía él mismo descendiente.

—Perdona, oh noble perpetuador de los Heráclidas, que no acepte tu convite, ya que nuestras leyes y costumbres me lo impiden, mas, para que veas que no quiero menospreciar tu amigable intención, te escoltaré por las calles de Roma hasta dejarte en el mismo atrio de tu casa. No obstante, dime tu nombre, para saber a quien tengo el placer de servir en esta noche, que yo diputo también de memorable para las armas romanas.

Quedósele mirando el joven patricio y acercándose a su oído, le dijo en voz muy baja:

—Te lo diré confidencialmente para que no crean que presumo estas hijas de Venus Citerea: yo, desciendo del dios Hércules, soy nada menos que Marco Antonio, nieto del que fué gran orador, y de Julia, la más noble de las

damas de nuestras patricias "gens". Fué mi padraastro tribuno Léntulo, hombre valiente que aspiraba al consulado; pero se equivocó al asociar su suerte a la de Catilina, y un buen día al amanecer, dióse cuenta de que no podía respirar, porque de un espadazo le habían separado la cabeza de los hombros. Nada, cosas de la vida que no tienen la menor importancia... Mis amigos, ya sabes quienes son: Clodio y Curión. Este último, es partidario de levantarle a Venus Impúdica, una estatua en cada esquina, para poderla derribar con el peso de su cuerpo. En cuanto a Clodio...

—Preferible es que no me hables de sus virtudes, ¡oh, descendiente de Hércules!, para no verme en el caso doloroso de conducirlo al ergástulo.

—¿Lo estás viendo, Clodio? Lo que te digo siempre: esas ideas tuyas, tan exaltadas, van a dar contigo en la más hedionda de las mazmorras. Bien, en marcha, que el día avanza y no me parece recomendable que la plebe se mezcle en este homenaje póstumo que a mi juventud, un tanto alocada, se le está tributando.

Dando traspiés y describiendo enormes eses a lo largo de las tortuosas calles de los barrios bajos de Roma, reanudó su marcha la pintoresca comitiva, formando una masa casi compacta, como si fuera una ola humana movida por encontrados vientos. La patrulla les seguía a corta distancia, dispuesta a intervenir en cualquier momento que se estimara preciso, a fin de evitar que aquella alegre juventud, alterara con sus desordenadas exaltaciones, la paz de la ciudad. De no tratarse de jóvenes patricios, la solución habría sido mucho más rápida, pero los pretorianos sabían muy bien que lo más acertado de su gestión era no mezclarse en los asuntos de los poderosos mientras no fuera necesario de una manera imperiosa. Entonando alegres tonadas y recitando elegías a Baco, a Hércules y a Talia, recorrieron los jóvenes las principales calles de la ciudad hasta ir a desembocar en pleno foro, en el que una abigarrada multitud de vendedores y desocupados comenzaba a removerse. No se habían perdido del todo las sanas costumbres de la Roma patriarcal que se

y se acostaba con el sol y no es de extrañar que a tan temprana hora, presentara el corazón de la metrópoli las características de un inmenso hormiguero. La visión de la multitud produjo a Clodio una especie de embriaguez retórica, y separándose de sus compañeros, dirigióse hacia la tribuna de las arengas. Salióle al paso el pretoriano, adivinando su intención, y no le dejó avanzar.

—¿Qué te propones, joven patricio? — preguntóle amistosamente.

El interpelado quedósele mirando con la diestra en el pecho y la siniestra en alto, y en esta actitud tribunicia, comenzó un apasionado discurso:

—¡El pueblo me escucha! ¡He de hablarle al pueblo! ¡La salud del pueblo requiere la luz de mi palabra! ¡La salud del pueblo es nuestra suprema ley! ¡Deja que le hable en nombre de Espartaco! ¡Hemos de derribar todos los dioses! ¡Hemos de destruir todas las tiranías! ¡Los hombres somos todos iguales! ¡La esclavitud debe ser abolida! ¡Precisamos de novedades! ¡De muchas e importantes novedades!

El guardia le cogió paternalmente del brazo y arrastrándolo fuera del foro, enfiló una de las calles que conducían a los suburbios de la ciudad.

—¡Déjalos, Clodio! ¡No es este el momento propicio para implantar las novedades de que me hablas! Ni este el momento, ni aquel el lugar que corresponde a tus altos prestigios—decíale el pretoriano—. Tú debes hablar ante los padres de la patria, en el Senado, no aquí donde nadie comprendería la jugosa profundidad de tus ideas.

Los amigos de Clodio, guiados siempre por la patrulla, les seguían, entonando cánticos a los dioses y besándose y abrazándose en plena calle. Cuando el jefe de los guardias creía haber alejado ya todos los peligros, por hallarse en plena campiña, una enorme algarabía le hizo ceterer. Marco Antonio, en el umbral de la quinta de un patricio, discutía acaloradamente con la servidumbre de la casa. Los guardias hacían cuanto podían para evitar el escándalo, pero el joven Antonio había derribado a uno de los servidores con su enorme espada, y los demás lucha-

ban a brazo partido para que aquella turba de borrachos no penetrara en la casa de sus amos, como era su propósito.

—¿Qué ocurre? — preguntó el jefe de la patrulla, imponiendo orden.

—Mira, futuro Pretor — comenzó Antonio con palabras torpe y ademanes desacompañados—. Estos inmundos criados, estos viles esclavos, se oponen a que en Roma se rindan los honores debidos a la diosa Talía. Aquí, en esta quinta, están preparando una gran fiesta para los desposorios de la hija de la casa y yo creo que Talía es antes que esa joven patricia que va a casarse. Ayúdame, pues, a que nosotros podamos celebrar un homenaje solemne a la más dulce de las diosas, representada entre nosotros por estos eminentes trágicos. Aparta los criados, para que podamos sentarnos a la mesa y libar en su honor.

—¡Gloria a Talía! — gritaron los cómicos, avanzando decididos hacia el atrio de la quinta.

—¡Paso a sus devotos! — añadieron otros haciendo coro.

Y enardecidos lanzáronse sobre los criados que cubrían con sus cuerpos y sus brazos todo el propileo, dispuestos a impedirles la entrada. Se produjo una enorme confusión y los guardias veíanse impotentes para restablecer el orden. Los sirvientes y los esclavos lanzaban agudos gritos y se defendían, con las uñas, de los asaltantes. Los cómicos y las prostitutas, luchaban con ellos cuerpo a cuerpo. Antonio dirigía sus "huestes" como si se tratara de una gran batalla. Clodio "arengaba" a sus "espartacos" infundiéndoles bríos. Curión, de bruces bajo un árbol, abrazaba a una de las sirvientas y se entregaba a los más locos excesos. Cuando mayor era el tumulto, un nuevo grupo presentóse ante la quinta, y los que lo formaban quedaron mirando con indignación el espectáculo. Eran hombres ya maduros y la mayoría de ellos vestían la toga tribunicia. El jefe de la patrulla, al reconocerles, fué a cubrirse en actitud espasmódica delante del de más edad y aguardó órdenes.

—Habla — díjole aquél, sin apartar la vista de los que luchaban frente a la quinta.

—Se trata de un grupo de jóvenes patricios que me es imposible reducir sino uso de la fuerza, señor.

—¿Y a qué aguardas? Impón el orden ante todo, después veremos lo que proceda hacer.

En dos minutos quedaron separados los dos bandos contendientes y mantenidos a distancia por los guardias. Ya restablecida la normalidad, avanzó hacia los jóvenes el que había dado órdenes a los pretorianos y pausadamente comenzó a hablar, sin gran pasión, pero con enérgicas inflexiones y reposados ademanes:

—¿Hasta cuándo, juventud romana, permanecerás encadenada al yugo de los deleites? ¿Cuándo vas a verte libre de los deseos desenfrenados de los goces del cuerpo? ¿A qué extremos te arrastrará tu desordenada vida? ¿Dónde está la templanza de tus antepasados? ¿Dónde la virtud, que no puede sentarse sobre el solio del placer? ¿Hemos de ser los viejos, los vencidos de la vida, aquellos que demos el mayor ejemplo de virilidad y de más austeras energías? No nos faltan las fuerzas para ello, pero bueno es que adviertas, juventud romana, que a los hombres entregados a los deleites, se les vence fácilmente, y Roma necesita de tus brazos y de tu inteligencia. ¿Dónde te propones arrastrar a tu patria, oh, juventud patricia, con tu liviandad? ¿Son estos los honores, los prestigios, que dispensas a la toga viril? ¿Son estas las costumbres que piensas imponer a los pueblos conquistados? ¿Dónde comienza y dónde termina la barbarie, juventud romana, en el Tiber urbano o en el revuelto Eufrates?

Expresábase el viejo con palabra serena y dicción limpia. Sus interrogaciones eran filos de acero que se hundían en el silencio y machacaban el cerebro. Sus amigos le escuchaban con profundo respeto. Antonio manteníase fiero ante él y su actitud era hosca, casi agresiva. La vista de aquel hombre, había obrado en él como de enérgico revulsivo. Los vapores del alcohol habíanse disipado de su mente. El jefe de los pretorianos, junto a él, empuñaba

nervioso el espadón de dos filos, dispuesto a descargarlo sobre el joven al menor movimiento.

—¿Hablaste ya, elocuente tribuno? — preguntó irónico el joven patricio, al observar que el viejo quedábase mirándole en silencio.

—¿A qué hablar más, cuando las palabras no pueden convertirse en látigos que se retuerzan sobre la carne?

—Pues ahora deja que hable yo, ¡oh, noble Marco Tulio! gloria del foro, vergüenza de la raza...

Una actitud impulsiva del guardia le cortó la palabra. El viejo le contuvo con un gesto.

—Déjale. Quiero oírle.

El joven continuó:

—¿Y tú, qué te propones con tu ascetismo cínico, Marco Tulio? ¿Acaso aspiras a enterrar las virilidades juveniles de los romanos, en el sepulcro de tus senectudes? ¿Es tu intención convertir la juventud patricia en un rebaño de eunucos? ¿Desde cuándo, Cicerón, gozar de la vida, adorar a nuestros dioses siguiendo sus propios pasos, ha de ser diputado como síntoma de decadencia? ¿Qué quieres? ¿Qué pretendes? ¿Qué horizontes son los tuyos? ¿Hacia qué senderos intentas conducirnos? Hablas de austeridad, y tus palabras, tus discursos, tus catilinarias, van dejando en la historia un reguero de sangre. A los Samnitas, Cicerón, se les vencía a fuerza de deleites, a los romanos, no: ¡el placer es río de energía en nuestras venas! ¿Como te atreves a hablarnos de prudencia y de templanza, cuando en ti todo es pasión y todo es bilis? ¿Cómo te atreves?

—¿Y tú, quién eres que así te arriesgas a afrontar — demandó Cicerón sin perder el aplomo.

—¡Soy una víctima de tu maldad inacabable! Soy brazo vengador de Cornelio Léntulo: ¡soy su hijo! ¡Y ahora te digo, y lo juro por nuestros dioses, que Marco Antonio, un día no lejano, habrá de pedirte estrecha cuenta de la muerte de su padre adoptivo! ¡Esa cabeza que con tu sentencia y esa diestra que la firmó con una sonrisa, los labios, han de balancearse en las ramas de los árboles de mi jardín, para festín de cuervos!

Sonrió el viejo tribuno y dirigiéndose a los pretorianos ordenó que acompañaran a aquellos jóvenes a sus casas y que nada malo les ocurriera.

—¡No, no admito tu perdón, tribuno ilustre! ¡Sobre el recuerdo de mis antepasados, sobre las glorias de Anteón, sobre el camino de luz del dios que me es propicio, el fuerte Hércules, sobre las cenizas sagradas de todos los Heráclidas, juro vengar la sangre de mi padre en la tuya y no he de descansar hasta lograrlo! ¡Marco Tulio Cicerón: téme-me! ¡Témele a Marco Antonio!

Ya el grupo de viejos tribunos había emprendido el camino de la ciudad y sus blancas togas ondeaban al viento en la lejanía, como mansas palomas, cuando el fogoso Antonio, con el puño en alto, seguía en sus juramentos plantado en medio de la carretera y nimbado por el sol que tornasolaba su piel bronceada y sus músculos atléticos. Su gesto era iracundo, su voluntad inquebrantable.

—¡Condúcenos a nuestras casas, pretoriano amigo! — ordenó recogiendo bajo su axila uno de los paños de su burda túnica.

Y silenciosos volvieron a hundirse lentamente los jóvenes patricios en el laberinto de la ciudad monstruosa.

* * *

Las palabras de Marco Antonio, el apasionado, el fogoso, el impolítico, cumpliéronse como divinas profecías. El fuego de su juventud en llamas, ardió en todos los ámbitos de la tierra. Tras sus primeros triunfos en Siria, indujo a Gabinio a restituir a los Tolomeos el trono de Egipto, que les había sido arrebatado por la revolución, y logró sus propósitos sentando en él al que más tarde, por razón de sangre, habría de ser sucedido por Cleopatra, la hija predilecta de Ra, la hermana terrenal de Isis.

Liberal, llano, bullicioso, amigo de los soldados con los que convivía y sentaba a menudo a su lado en los festines triunfales, pronto fué Marco Antonio el ídolo de las huestes romanas. Julio Cesar, dictador a la sazón, dióse cuenta inmediatamente de las enormes cualidades de aquel jo-

ven impetuoso que todo lo arrollaba, y le hizo su brazo derecho. Lo mandó a las Galias y triunfó. Le propuso como tribuno de la plebe y arrebató a las masas, no tardando en adueñarse también de la voluntad de los augures. Contribuyó con Cesar a la derrota y destierro de Pompeyo, de cuyas propiedades se incautó en el tumulto de la guerra civil, y fué el héroe vencedor de las batallas de Dyrrachium y Farsalia. En su alocada ascensión, llegó a enfrentarse con el propio Cesar, cuando éste intentó tratarlo como a un simple general. Aspiraba a más. Quería la dictadura. Y la logró. Asesinado Julio Cesar por los fieles servidores de la república, el nombre de Marco Antonio quedó colgado solo en el firmamento con resplandores aurorales. Sus enemigos se asustaron. La dictadura absoluta cerníase en el ambiente, aleteaba imponente en el espacio. Nadie se atrevía a enfrentarse con el general que disponía de la voluntad de las cohortes. Pero un hombre irguióse frente a otro hombre: Cicerón. Y en el Senado quedaron imborrables sus gloriosas filípicas. Tambaleóse el imperio al choque de dos corrientes avasalladoras: la elocuencia del gran tribuno y el centelleo de las lanzas de los hijos invencibles de Marte. Ambos bandos eran fuertes y apasionados. La eterna dualidad entre las armas y las letras, iniciaba un nuevo paralelo, ese paralelo que por los siglos de los siglos habrá de mantenerse inmutable y cuyas líneas sólo podrían encontrar la convergencia, en la quiebra de una de ellas.

La lucha entre los representantes de las dos grandes masas en que estaba dividido el pueblo romano, alcanzó caracteres de vida y muerte. Planteábase una gran batalla, que, de darse, quizá habría cambiado la faz del mundo. Mas Cicerón no aspiraba al poder. Su espíritu crítico, sentíase mejor en la fiscalía. Buscó otro nombre glorioso que borrara el de Marco Antonio: Cayo Octavio, hijo adoptivo de Julio Cesar, y le indujo a que aspirara a la sucesión. No había errado el eminente orador en su elección. Cayo Octavio, fué reconocido por el Senado como legítimo sucesor de Julio Cesar, y a su nombre original, fuéronle añadidos los del dictador, pasando

Cayo Julio Cesar Octaviano. Más tarde, lejos, muy lejos, Cayo Octaviano, fué llamado Octavio Augusto y a la postre de su vida, dueño absoluto de los destinos de Roma, se le designó con el más breve y apoteósico de Augusto. Había quedado fundado con él, el segundo imperio, tan funesto, tan vil, de tan odiosa recordanza en los sucesores de Augusto.

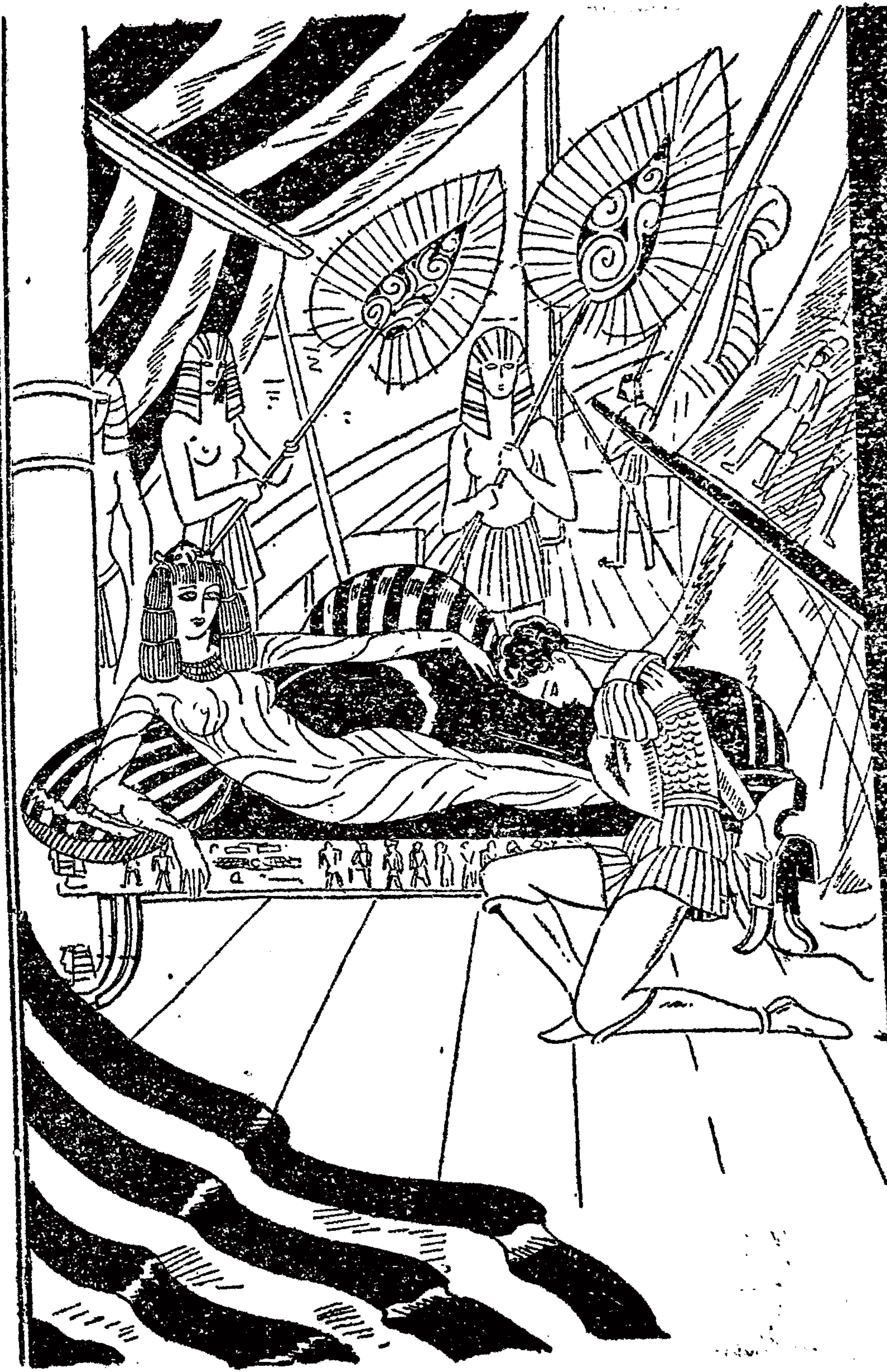
Enfrentados Marco Antonio y Cayo Octavio, hubo de llegarse a un tratado de paz para evitar el derramamiento de sangre romana. Nació entonces el triunvirato "Marco Antonio - Lépido - Cayo Octavio".

Para la firma de este tratado, Marco Antonio hizo a Cayo Octavio una modesta petición: la cabeza y la diestra de Cicerón y como se dió el caso de que, al hacerla, había cuidado de colocar a las puertas de Roma sus ejércitos, muy bien formados y con las lanzas prontas, Cayo Octavio accedió ante la elocuencia de tan incontestables razones. Al día siguiente la cabeza de Cicerón y su diestra, adornaban las ramas de los árboles del jardín de Marco Antonio.

El triunviro había cumplido su palabra. Pero Cicerón había escrito sus obras. La posteridad los ha juzgado a los dos definitivamente. La Roma imperial de Marco Antonio, con sus lanzas y sus catapultas, cayó al peso de los años y de la razón. Las obras de Cicerón cada día son más vivas, más jóvenes, más ejemplares. Eterno es el dualismo entre las armas y las letras. Y eternamente será el mismo el resultado. Hasta el infinito. Y es que las letras, en cuanto son poder, en seguida se olvidan de sí mismas, de sus virtudes y de su fuerza propia, irrefutable y piensan en las armas para hacerse respetar.

Ese es el error que eterniza la lucha y esa comodidad, esa poltronería en que se sumergen, es lo que las pierde. No la fuerza de las lanzas, que en el límite de los límites, es nula, irrazonada, incivil, salvaje, cuando pretenden ocupar un sitio que no les corresponde. No así, cuando se yerguen avizoras en su atalaya de guardadoras del orden y servidoras fieles de la ley honesta, de la ley que es respe-

to mütuo y convierte a los ciudadanos en dioses indivi-
duals. Pero cuando las lanzas pretenden ser ley por ellas
en tiranas, cuando de servidoras del pueblo se convierten
en momentos de tumulto, se sientan en la tribuna legislativa
y comienzan a dictar, lejos de cumplir su misión, per-
turban, acobardan, anulan al individuo y derrumban en el
caos más espantoso todos los principios de ciudadanía, que
son los únicos aptos para crear pueblos grandes y felices.



—Soy el más infeliz de los mortales, reina

II

LA REINA CLEOPATRA

Elefantina, la isla paradisíaca, el jarrón de flores de los Tolomeos, comienza a confundirse en el crepúsculo, con la densidad metálica de las aguas del Nilo. Un gran silencio la rodea, sólo interrumpido por el lento rodar de la corriente, que se arrastra mansa entre las arenas blanquecinas o entra y sale juguetona en los primorosos arabescos por ella bordados en los graníticos acantilados. Las más próximas cordilleras etíopicas, doradas por el sol muriente, semejan un joyel cincelado por un artífice sobre la inmensa llanura. La gran cinta del Nilo, resplandece como acero fundido al deslizarse entre los arenales de un amarillo intenso que la encarcelan. En el horizonte, espaciados grupos de gráciles palmeras destacan sus siluetas femeniles, en el azul transparente del firmamento.

La reina Cleopatra, tendida de bruces en un lecho portátil de madera dorada que afecta la forma de un caimán dormido, tiene fija la vista en la lejanía, en el vacío. Una brisa levísima, agita los copudos sicómoros con sus frutos jugosos, y esparce las fragancias de los floridos cinnamomos. La reina permanece silenciosa con los codos sobre una almohada de flores y ramas frescas, y la barba apoyada en las palmas de las manos, que circundan su rostro hasta las orejas. Está inmóvil. Únicamente sus pupilas oscilan de tarde en tarde en las profundas órbitas, y cansadas de contemplar la estéril llanura y el lejano mar Rojo,

elevan a las nubes o recorren lentamente los grises cartiles que circundan la isla. Un gran hastío, una inmensa laxitud se adivina en su rostro. A cada uno de sus lados, medio sentadas sobre sus piernas, permanecen atentas sus fieles esclavas Iras y Carmión, en espera de un gesto, de una expresión en los ojos o en los labios de su soberano. Rodeando el lecho, otras esclavas casi desnudas, balancean los abanicos de abundosas plumas, para alejar los insectos que bordan con rumor monocorde, desesperante. Más lejos, con los brazos cruzados sobre el tórax, cuatro esclavos etíopes aguardan órdenes. Parecen estatuas de bronce al quebrarse en su piel los postreros rayos del sol.

Cleopatra, de tarde en tarde, extiende la diestra y moja sus dedos en una cratera de oro repujado y los lleva a sus labios, humedeciéndolos con un líquido de un verde brillante, fresco como la nieve.

Piensa, recuerda, evoca. Su mente se pierde en la hondura del tiempo. De una manera vaga los pensamientos se revuelven en su mente con lentitud de monstruo adormilado, sin precisarse, sin llegar a tomar forma ni a cuajar en imagen. Un denso vapor envuelve sus remotas evocaciones. Los días de la infancia, monótonos, iguales, sin relieves ni espacios luminosos, pasados en el temor de una educación asfixiante, compleja, incomparable, en la que se le hablaba de Pthah, de Sevek, de Isis, de Osiris, de Khons, de Ra, y de otras mil divinidades, piadosas unas, implacables otras, se le aparecen ahora como una voluta ingrátida, perdida en la inmensidad del tiempo y del espacio. La adolescencia fué ya más espejada, más intensa. Al trasponer los doce años, comenzaron a descorrerse para ella las espesas cortinas que le ocultaban el mundo. Las telas de sus vestidos dejaron de ser gruesas y de tonos opacos, oros y piedras adornaron su cuerpo, y el baño, antes ingrato, habíase tornado tibio y deleitoso. En el tórax florecían inquietas, firmes, dos tazas de alabastro. Su talle adquiría sinuosidades de reptil. La espesa cabellera desceñíase a lo largo del torso como una cascada de ébano. Sus ojos se alargaban y sus párpados tornábanse extrañamente umbrosos. Un día le dijo Iras, su

doncella: "Eres hermosa, princesa. Hermosa como un loto sobre las aguas quietas del estanque". Y ella se estremeció. Si, sí, lo recuerda bien; se estremeció al escuchar la li-sonja; un leve escalofrío recorrió sus arterias. "¡Quiero verlo, Iras!". Y al reflejarse su desnudo cuerpo en el co-llal". Y quedó mirándose largo espacio.

Después, los días tristes de la muerte de su padre y en seguida la aurora gloriosa de sus primeros días de reinado. ¡Era reina! ¡Reina de Egipto! Mil esclavos se ten-dían a sus pies cuando ella pasaba a lo largo de las ave-nidas de esfinges. El pueblo la adoraba como a Neith, divinidad suprema, como a Ammón, padre de Todo, Infi-nito, Eterno, Incomunicable, Invisible, Ilimitado... Los escribas la escuchaban como si fuera ella fuente genera-triz del saber. Los sacerdotes se postraban humildes a sus plantas. Los sheiks obedecían sus órdenes ciegamente. Los proletarios, los parias, temblaban al mirarla. Los barones dictaban las leyes que ella estimaba necesarias, sin me-dirlas, sin oponer la más leve resistencia. Era supremo po-der entre los mortales. Las alas de la Vanidad, desplega-banse magníficas en su dorso, como en los frisos de los muros se desplegaban las del globo simbólico.

Los barones un día despertáronla de su ensueño: "Has de casarte, Oh reina, la dijeron. Egipto precisa de un monarca que perpetúe la dinastía de los Tolomeos". Y se casó. Siguiendo la tradición su hermano mayor, fué designado para esposo. Contaba él trece años y era her-moso como el trigo dorado sobre la tierra negra. Pero, además, era soberbio como un dios. Y ella era altiva como la palmera en el desierto. Tolomeo, a los dos años de matrimonio, la repudió y exiló. Refugióse ella en las fron-terizas enigmáticas de la Siria, entre el agreste Amanus y el caudaloso Eufrates, y organizó un formidable ejérci-to para reconquistar su trono. Julio César, al conocer las intenciones de los dos hermanos, quiso intervenir para apaciguarlos. Tolomeo, astuto, presentóse en Pe-riote y ofreció al César como presente de amistad, la ca-za de un irreconciliable enemigo Pompeyo. Esto arran-

có al emperador la promesa de mantener a Tolomeo en el trono. Cleopatra intentó inútilmente hablar con César. Este se negó siempre a recibirla. Sabía que era hermosa y la temía; los romanos temían la belleza, porque la ado-raban.

Un día el emperador recibió un rico tapiz, regalo de Tolomeo. Al desenvolverlo surgió de su interior una dio-sa de carne: Cleopatra. "Los dioses sean contigo, César, díjole sin titubeos. Precisaba hablarte y he creído que to-dos los medios eran lícitos para lograrlo". El emperador no sabía apartar la mirada de aquel cuerpo casi desnudo que se erguía frente a él puro y limpio de líneas, como Venus surgiendo de las aguas. Una túnica levísima cubría y acusaba a un tiempo sus perfiles. "¿Eres griega?", la preguntó el emperador. "Soy Cleopatra", respondióle ella imperturbable. "¿Y qué deseas?". "Que me hagas justi-cia. Sobre mi frente brilla el símbolo de mi dinastía: la serpiente sagrada. Quiero seguir siendo reina de Egipto. Mi Dios y mis ascendientes me lo dieron. Ningún poder humano está más alto que ellos. Nadie en Egipto puede borrar lo que destinos supremos designaron. Sé justo, César".

El romano propuso una conciliación a Tolomeo. Este se rebeló. Poco después dormía para siempre en el fondo del Nilo. "Ya eres reina de Egipto, Cleopatra", la dijo César al disponerse a regresar a Roma. Cásate con tu her-mano. Es la ley. Cúmplela y trata bien a nuestro hijo Cesareón."

Cleopatra casó con su hermano menor. Contaba once años. Ahora, al recordarlo Cleopatra, no puede rep. mir un estremecimiento medular. Vivió con él tres años. Fue-ron tres años locos de deleites. El pobre niño se vencía, se vencía como una flor sin agua. Ella lo devoraba. A los tres años, un amanecer, apareció mustio sobre el césped de los jardines de Elefantina. Dijeron voces bajas que el veneno... No fué el veneno, fué una víbora: ella.

La heredera de los Tolomeos, quedaba reina absoluta de las tierras viejas de Kemé, desde Talmis a Buto. Su nombre sería esculpido junto a los de los reyes legenda-

rios. Nuevos Calímacos y Teócritos, cantarían sus gestas. En los santuarios se le levantarían efigies al lado de los colosos divinos. Reyes y príncipes le rendirían vasallage. Era reina y era hermosa, la más hermosa de las reinas. César había puesto a sus pies las orgullosas águilas del imperio. Ella debía ir a Roma. Aquel era su trono, su verdadero trono. Y Roma la recibió en triunfo. El César le hizo dispensar los máximos honores de amiga predilecta del imperio. En el templo de Venus, erigiósele una estatua. Roma, el mundo, estaba bajo sus sandalias de byblos. Pero el César cayó. El puñal de los amigos de la república, se hundió en sus carnes. Estallaron las luchas intestinas. Cleopatra regresó a Egipto. Dominó reinos. Sojuzgó razas. Pervirtió monarcas hasta reducirlos a pavesas. Una noche de amor, valía un reino. Tras ella, el amanecer escuchaba el postrer latido del último monarca vencido en los brazos de Cleopatra. Pronto ciñó, además de la doble diadema de Egipto, las coronas de Libia, Cirenaica, Chipre, Creta, Cele-Siria y Fenicia. Podían contarse las conquistas por noches de deleite. Una noche, un cetro. Un beso, una tribu.

Su belleza turbadora, sus maneras felinas, su destreza de mujer, extendíase por tierras asiáticas y arábicas y creaba a su alrededor un nimbo luminoso que atraía invenciblemente a los poderosos. Ella los recibía pródiga, abierto el cerebro y cerrado el corazón, dispuesta a devorar la presa que acudía inexperta en demanda de cobijo. Sus brazos se abrían al amor y a la muerte, sus labios a la felicidad y al olvido eterno. Alejandría era un gran sepulcro de esencias embriagadoras en el que se sumergían gustosos, tetrarcas y caides, sacerdotes y reyes...

Ahora, tendida en el lecho dorado, con la vista perdida en el infinito, Cleopatra evocaba, y de tarde en tarde, sonreía. Iras había acertado al decirle: "Eres hermosa..." Y al recordar estas palabras, sus manos finas, acariciaron los cabellos de la esclava que se mecía ovillada a sus pies como un gato.

* * *

Cerraba la noche cuando en la próxima orilla del Nilo, aparecieron tres jinetes que descendieron rápidamente de sus nerviosas cabalgaduras arábicas. Uno de ellos levantó en alto la real cartela en la que campeaban los atributos de Cleopatra VI y el barquero se acercó presuroso a la orilla para trasladarlos a Elefantina. La reina al divisar los emisarios de Alejandría se hizo conducir a palacio.

Los tres hombres cayeron a sus pies, con el rostro en las losas, sin pronunciar palabra.

—Habla, Ahmosis — ordenó Cleopatra.

—¡Perdona a tus esclavos, reina!

Un rictus de disgusto dibujóse en los labios de la reina, al escuchar la demanda de clemencia.

—¡Habla!

—Marco Antonio, el triunviro, suplica tu presencia inmediata en Tarso.

—¿Llega con vosotros el emisario romano?

—¡Perdona a tus esclavos, reina!

—¡Terminal!

—Los emisarios se negaron a acompañarnos. Delio, su jefe, se ha instalado en tus habitaciones del palacio de Alejandría y ha ordenado que te presentes allí inmediatamente.

Retembló de corage Cleopatra al escuchar las palabras de Ahmosis. Este se arrastró a sus pies. Las esclavas estaban lívidas. Poco a poco la reina recobró la serenidad perdida y ordenó:

—Salid inmediatamente hacia Alejandría, y mandad preparar la mejor de mis naves, la más hermosa, la de surcar más suave. Escojed mis mejores danzarinas y mis músicos más diestros. Adornad la nave con dorados cordajes y púrpureos velámenes. Haced de ella un jardín sobre el mar. Convertidla en una digna mansión de Cleopatra. Partid y aguardad mi llegada. Decidle a Delio que la

— 21 —

reina de Egipto, dará cumplimiento a las indicaciones de Roma.

—¡Tu vida sea eterna, reinal — barbotaron los mensajeros con los ojos húmedos de gratitud por la clemencia de la reina en su ira.

Y partieron veloces hacia Alejandría, atravesando los campos empapados aun por la reciente inundación del Nilo, al fecundar la tierra en uno de sus desbordamientos periódicos.

III

EL SOLDADO Y LA DIOSA

Durante la noche no pronunció la reina una sola palabra. Se la veía caminar por las avenidas florales de Elefantina, nerviosa y agitada unas veces, lenta y metódica otras. Algo se revolvía en su cerebro que no la dejaba permanecer tranquila. Para aplacar sus nervios pidió diversos baños, tibios y fríos. Sus más hábiles masagistas, unos hombrecitos procedentes del Oriente lejano, más allá de las tierras nevadas, intentaron inútilmente tonificar aquel cuerpo excitado con sus manos suaves y cariciosas. Ella no decía nada. Ora permanecía rígida, como si soportara un martirio, ora se retorció sobre los lechos de hojas frescas o de lana dulce, en epilépticas contorsiones. Sumergíase por completo en las aguas del baño durante largos espacios, con gran espanto de sus esclavos que temían más por la vida de su reina que por la suya propia al verla en aquel estado lastimoso. A veces, al salir de las aguas, goteante su desnudo cuerpo, abandonaba la terma o el frigidario y comenzaba a caminar con paso firme sobre las losas graníticas, por pasadizos y corredores. Recorría todas las habitaciones de palacio con las pupilas inmóviles y los brazos caídos a lo largo del cuerpo, seguida a distancia y en silencio por la servidumbre. En ocasiones se la veía salir corriendo, desesperada, a los jardines, al viento su negra cabellera y precipitarse en un lanzamiento de locura desde lo alto de los cantiles sobre las aguas mansas del silencioso Nilo. Su cuerpo que-

daba flotando indolente, como un madero y era arrastrado por la corriente hasta que el más abnegado de sus esclavos, despreciando su existencia al afrontar las iras de la reina, precipitábase al río, se acercaba a ella nadando y la recogía cuidadosamente. Al llegar a la orilla, desprendíase la reina de los nervudos brazos de su salvador y retorciábase sobre la arena, plateada por las claridades nocturnas, como una sirena agonizante. Después quedaba yerta, con la mirada fija en el espacio y su pecho latía intensamente.

Al filtrarse las primeras luces del alba al través de la neblina cárdena del crepúsculo matinal, pareció como si despertara de un sueño, como si de súbito volviera a la realidad; lanzó un grito, cubrió su cuerpo con un gran manto blanco, y ordenó corriendo hacia el embarcadero:

—¡A Alejandría!

Nilo abajo, empujada la nave por la corriente y fuertemente impelida por el batir metódico de los enormes remos, precipitábase con marcha vertiginosa hacia la ciudad inmensa, esparcida sobre el lado occidental del Delta. Los pueblos y ciudades ribereños, al darse cuenta de la proximidad de la nave real, corrían hacia los diminutos puertos y el populacho y los soldados situábanse a lo largo de la orilla, para rendir vasallaje a su soberana. Pero la nao pasaba silenciosa, rápida. En lo alto de la quilla de proa, veíase una silueta blanca, inmóvil con la mirada fija en la estela luminosa que los rayos solares comenzaban a dibujar sobre las aguas movedizas del río. De cada lugar salían veloces mensajeros para avisar al más próximo de la inminente llegada de la reina. Sonaban los clarines al divisar la nao, el pueblo postrábase de rodillas en las mismas aguas y los sacerdotes levantaban los brazos al cielo o besaban el suelo al verla pasar.

En la Thebae, en la vieja Memphis y en Heliópolis, los vasallos la aclamaban deseosos de que recalara en sus puertos, pero la nave seguía río abajo imperturbable, como empujada por una fuerza divina, y la silueta blanca permanecía inmóvil en lo alto de la proa, pronunciando siempre la misma palabra:—¡Aprisa! ¡Aprisa!

No anclada aún la nao en el puerto real de Alejandría, Cleopatra saltó nerviosa a una de las lanchas que salían a recibirla y precipitóse hacia palacio. Toda la servidumbre, magnates, sacerdotes, navarcas, generales, escribas, consejeros, augures y esclavos, la aguardaban en el muelle real. La reina atravesó silenciosa por entre ellos y dirigióse a una de sus termas. Ya dentro del baño, quedó como desmayada. Tal había sido el esfuerzo de retención de los nervios durante las interminables jornadas de navegación a lo largo del Nilo, que ahora, en la tibieza del baño, todos sus miembros habían quedado como distendidos.

Pronto los minuciosos cuidados de su íntima toaleta la hicieron reaccionar. Su cuerpo fué engrasado, esenciado y envuelto en telas más suaves que las nubes. Los más intensos perfumes rociaron su revuelta cabellera. Hábiles manos trenzaron aquellas hebras de azabache en complicadas disposiciones esfíngicas. Piedras preciosas y metales resplandecientes lucieron sobre su piel levemente atezada. Vistiéronla como para asistir a una ceremonia sagrada. En su frente brillaba la doble diadema del alto y bajo Egipto. Pendía de su cuello el auténtico collar de la reina Taia, cada una de cuyas enormes piedras valía más que todo un pueblo. En el pecho abría sus dos alas inmensas, desproporcionadas, el globo simbólico de la raza, tallado todo él en piedras de valor incalculable. En sus lóbulos balanceábanse complicadas arracadas cuajadas de pedrería que, en su base, se desparramaba sobre los hombros como una cascada de estrellas en el fondo negro de los cabellos. En sus tobillos y en sus muñecas, centelleaban enormes perlas, limpias como lunas, y de cambiantes siderales, que, sostenidas por hilillos invisibles, producían la sensación de haber brotado de la carne en floraciones luminosas, o estar engastadas en ella. Cuando sus esclavas terminaron el tocado, pidió espejos. Pronto su cuerpo se reflejó en las bruñidas superficies de bronce, de plata, de oro y de cristal.

Miróse complacida. Sonrió y las esclavas lanzaron grandes gritos de alegría al verla satisfecha. Dirigióse hacia

el salón del trono, donde la aguardaban los cortesanos favoritos, vestidos con los trajes rituales. Sentóse sola en el alto sitio y ordenó:

—¡Que pase!

Momentos después, penetraba en la estancia Delio, el emisario de Marco Antonio. Quedóse el romano perplejo al verse recibido con tal pompa. Se sentía pequeño, inmensamente pequeño, ante el fasto de la corte de Cleopatra. En el salón, muy lejos de la reina, formando hilera junto a los muros, permanecían silenciosos todos los cortesanos luciendo sus mejores galas. Ella, destacábase como una estatuilla de oro, bajo el dosel púrpura del trono y resplandecía como un halo luminoso en la densa penumbra de la inmensa nave.

—Tu vida sea eterna, reina—exclamó pausadamente el introductor de la corte—. Roma desea hablarte, y pregunta en qué lengua prefieres que se exprese.

—Todas las que puedas dominar, me son familiares, romano. Habla—dijo Cleopatra dirigiéndose a Delio, muy afable.

—Los dioses te sean propicios, reina. Marco Antonio, el Triunviro, me envía para trasmitirte sus deseos...—balbució el emisario, con cierta torpeza en la voz.

Levantóse ella, le ofreció la diestra, que él besó con gran sumisión, y díjole amigablemente:

—Llego muy fatigada, Delio. En el comedor que Roma tiene siempre dispuesto en mi palacio, nos espera el triclinio. ¿Quieres honrar mi mesa?

Momentos después, muellemente tendidos en sus lechos, la reina y Delio hablaban. Ricos manjares y deliciosos néctares espaciaban el diálogo. Pronto supo la reina que se la acusaba de haber ayudado a Casio, el rebelde que se había levantado en armas contra el Imperio. Al terminar la comida, Delio rezó a los oídos de la reina:

—Acude a la llamada del triunviro sin temor alguno, Cleopatra. Has de vencerle con sólo una mirada. Eres la más hermosa, la más inquietante de las reinas. Soy tu esclavo...

* * *

En el espejo inmóvil del "mare Magnum", la naveta de Cleopatra, avanzaba ágil, juguetona, con deslizar de cisne. Airosa y diminuta, marinera en extremo, semejava en sus femeniles balanceos, un delicado abalorio puesto en el gran estuche de los dos azules, limpios, transparentes, tranquilos. Al llegar frente a Chipre, viró el primor marino en dirección opuesta a la isla y puso proa a la costa.

Desparramaba el sol sobre la tierra y sobre las aguas, sus dorados gloriosos. Hilillos blanquecinos veteaban el firmamento casi cristálico. Cleopatra, tendida sobre un lecho muy bajo, en la cubierta de proa, contemplaba acercarse la tierra, con una leve sonrisa en los labios. Al enfilar el Cidno, la brava navecilla luchó con las opuestas corrientes que en el fragor del delta se oponían tenazmente a su avance. Veíasela saltar como un pájaro retazón sobre las olas y hundirse y levantarse en el flujo y reflujo producido al juntarse las aguas del río con las del mar. Sus velas hinchadas, ponían una nota purpúrea en el nítido paisaje. Multitud de gavinas blancas describían a su alrededor círculos concéntricos que subían y bajaban metódicamente como atadas por hilos a un eje invisible. Al remontar el caudaloso río, riqueza y vida de la agreste Cilicia, la quilla plateada de la nave, primor de orfebrería, peinaba las aguas revoltosas y las esparcía ruidosas a lado y lado en magníficas cascadas que rebullían y dejaban un rastro algodonoso a lo largo de la ruta trazada.

Frente al puerto de Tarso, paralizáronse los remos en su armónico vaivén y quedaron en posición horizontal, como si al navío le hubieran brotado multitud de aletas. En lo alto del palo mayor ondeó el diminuto banderín negro, en demanda de hospitalidad.

Delio, atento a la llegada de la reina, corrió a su encuentro en una de las lanchas imperiales. Levemente emocionado, articuló al encontrarse delante de Cleopatra:

—Perdona a tu humilde servidor, reina. Tengo orden de conducirte a presencia de Marco Antonio, en su campamento.

Cleopatra apenas si se movió del lecho en que estaba tendida. Sus dedos jugueteaban con los colgantes del collar de Taia. Sus ojos umbrosos miraron al oficial.

—Dile al triunviro, que la reina de Egipto, desea recibirle en su propia casa, para rendir el homenaje debido al hombre más alto del Imperio.

Titubeó Delio, pero la sonrisa de la reina era tan extrañamente turbadora, que el emisario abandonó la nave sin saber a ciencia cierta lo que le diría a Marco Antonio por no haber dado cumplimiento a sus órdenes.

Poco después, regresaba a la nave real. Estaba lívido. Sus ojos veíanse abotargados, como si hubieran llorado recientemente.

—¿Qué te ocurre, Delio? — preguntó Cleopatra cariñosa, al verle llegar tan descompuesto.

El emisario cayó de rodillas y torpemente besó las plantas de sus pies.

—Soy el más infeliz de los mortales, reina. Ordena el triunviro que dentro de una hora te presentes en la plaza de Atenas, para dar cuenta ante él y ante el pueblo de Tarso de tus actos de desafecto al Imperio.

Cleopatra permaneció silenciosa un momento. Luego contestó tranquila:

—Recobra tu temple de romano, Delio. Nada malo puede ocurrirme. Insiste cerca del triunviro en mi deseo de recibirle en esta casa, que, por ser mía, es ya la suya. No debe preocuparte mi actitud, que no es rebelde, sino sencillamente digna. Si ella no le place, adviértele al triunviro, que los flancos de mi nave son lo suficiente endebles para hendirlos al más simple espolonazo. Haz cuanto te digo, Delio, y que tus dioses premien prodigios el afecto que me has demostrado.

Poco después de haber tenido lugar esta escena, vióse avanzar del lado de las Pilas Cilicianas, en cuyo valle estaban acampadas las tropas de Marco Antonio, un brillante cortejo compuesto de jinetes y peones, armados de

todas armas. Lanzas, cascos y corazas, relucían sobre el valle verdeante que a sus pies se extendía. Cuatro trompeteros montados, con sus largos instrumentos hacia lo alto, precedían al cortejo y hendían el espacio con sus toques majestuosos y acompasados. Dos portaáguilas y un portainsignias con las iniciales del imperio, les seguían. Luego avanzaban en formación de diez los brillantes pretorianos, con sus espadones de dos filos en el cinto y sus cascos metálicos con el águila en el remate. Los jinetes formaban la escolta del triunviro que cabalgando soberbio corcel blanco arábigo, contemplaba con cierto desdén al populacho que le aclamaba. Cubría su pecho una vesta de escamas doradas y cimera su fastuoso casco una graciosa pluma morada que se desparramaba indolente en el dorso del apuesto jinete. Seguían después gran número de peones y cerraba la comitiva todo el elemento representativo de la ciudad. Al llegar a la plaza de Atenas, frente al palacio que antaño sirviera de escuela para enseñanzas filosóficas en competencia con las de la propia metrópoli helénica, descendió Marco Antonio de su caballo y fué a sentarse en el trono que bajo palio se había levantado en el propileo del palacio.

Formó la tropa en la plaza un cuadrado perfecto, dejando sólo libre un espacio en el lado del muelle, por donde habría de pasar la reina Cleopatra y su séquito. Al dar la hora señalada por el triunviro, las trompetas hirieron el silencio con sus toques lentos y prolongados, toques de gloria y de guerra a un tiempo. Todo el mundo dirigió las miradas en dirección al muelle. La calle, formada por el pueblo, permanecía desierta. No se veía avanzar a nadie. Marco Antonio comenzó a dar muestras de impaciencia. Aguardó todavía unos minutos, mas todo continuó igual. Tras unas órdenes breves, dos jinetes salieron veloces hacia el muelle. No tardaron en regresar sin atreverse a dar al triunviro la respuesta de la reina. Al conocerla, no pudo reprimir un movimiento de cólera. El pueblo comenzó a murmurar y, lentamente, desapareció de la plaza y dirigióse hacia el muelle. En el centro del puerto permanecía inmóvil la navicilla de la reina Cleo-

patra. Batía el sol su pleno. Un polvillo dorado que se levantaba de cubierta, la envolvía como en un iris de chispas diminutas. Una multitud abigarrada, compuesta de gentes de mil procedencias, contemplaba aquella maravilla del mar, jamás vista ni soñada. Los velámenes, de seda púrpura, brillaban como gotas de sangre recién caída de las nubes. Los mástiles eran de ébano muy brillante, y argollas doradas y plateadas formaban como brazaletes a lo largo de los mismos. Gallardetes de diversos y deto- nantes colores agitábanse inquietos en sus cimas. La proa de la nave era un filo plateado y en lo alto estaba suspendida una Venus de marfil, completamente desnuda, como si fuera a lanzarse a las aguas. La popa era un pan de oro repujado con cabezas de animales fabulosos. Los remos, amarillos y transparentes, aparecían rematados por palas de plata y movidos rítmicamente al compás de una música muy cadenciosa. Guirnaldas de flores frescas, continuamente renovadas, pendían en sus bordas. Los cordajes habían sido todos sumergidos en baños de oro y de plata. Un gran velario extendíase formando caprichosos bucles colgantes, desde la punta de proa al palo mayor. Un alegre surtidor surgía en el centro de la cubierta, en el que nadaban peces de las más diversas especies. El pavimento veíase cubierto de un muelle serrín de oro y de coral, que el sol levantaba en halos luminosos. Raras e intensas fragancias escapaban de la nave y embalsamaban todo el puerto. A los hombres, al aspirarlos, se les veía brillar las pupilas extrañamente y las mujeres sentían como oleadas de fuego en sus arterias.

En la plaza de Atenas no quedaban más que el triunviro y su escolta. El pueblo, abocado al muelle, saludaba y vitoreaba a Cleopatra. Esta permanecía tendida en su lecho en espera de los acontecimientos.

Marco Antonio, sin poder ocultar una gran contrariedad, levantóse del trono en que estaba sentado y dirigióse al puerto seguido de los suyos. Delio se le acercó:

—¿Qué pretendes hacer, Antonio?

—Seguir sus indicaciones: mandarle un espolón de acero como emisario.

—Piénsalo bien, Antonio. Ella no se ha mostrado despectiva ni rebelde. Te ha ofrecido su casa. Nada más. Es una mujer. Es reina de Egipto. Piénsalo, triunviro, y recuerda que eres romano y, sobre todo, discípulo ferviente de Baco.

Estas palabras calmaron un tanto los nervios del triunviro y al llegar al puerto, saltó a una de las lanchas y dió orden de que se le trasladara a la nave de Cleopatra. Multitud de lanchas romanas siguieron al triunviro y rodearon la nao egipcia, como si la sitiaran. Los soldados permanecían de pie en ellas con la lanza y el escudo en las manos, prontos para acudir a la menor indicación. Sembraban diminutos campos de espigas metálicas balanceándose sobre la superficie azul. Una escalerilla tapizada de flores desplegóse a uno de los lados de la embarcación y Marco Antonio subió por ella pesadamente, a causa de la impedimenta de la armadura. Algunos oficiales le imitaron. Al encontrarse en la cubierta, se detuvo un momento. Los demás formaron un cordón alrededor de su jefe. No esperaba encontrarse Antonio en medio de un jardín. La primera impresión recibida, fué en extremo agradable. No es que la riqueza y el fasto egipcio pudieran aturdir a un romano, pero el sitio y el momento eran en verdad los menos indicados para derroche tal de buen gusto. Cleopatra, al ver a aquel hombretón totalmente cubierto de hierro plantado delante de ella, sonrió sin abandonar su indolente posición. Vestía la reina la túnica sagrada simbolizando el alto Egipto. Era de tela finísima, de una coloración levemente morada, y, a pesar de ser muy holgada, acusaba todos los perfiles de su cuerpo, como una capa de agua transparente extendida sobre sus carnes. El lecho en que descansaba era de talla dorada y afectaba la forma de una esfinge aplastada contra el suelo. Un gran dosel negro, servía de palio a aquel trono improvisado. Gran cantidad de flores desparramadas a su alrededor, esparcían sus embriagadores perfumes.

Pasados los primeros momentos, Marco Antonio dirigióse a la reina y la dijo con mal disimulada acritud:

—¿No comprendiste mis órdenes, reina?

Ella fijó en él sus pupilas. Eran dos dardos soberbios que con sus filos silenciosos contestaban a la ofensa. Cogió unas perlas que tenía a su lado en una cratera, levantó parte de ellas y las dejó caer de nuevo, escuchando sus vibraciones cristálicas. Luego, sin dureza, pero visiblemente molestanda, contestó:

—Tú lo has dicho, triunviro: reina, y las reinas, si saben serlo, no reciben órdenes.

—¿Te rebelas?

—Egipto, cuando Roma le habla, sabe ser Egipto, triunviro. Ni podría ni sabría rebelarse. ¿Es Roma quien le habla?

Pronto se dió cuenta el triunviro de la vehemencia con que se había expresado y con mayor dulzura en la voz y en el gesto, aclaró:

—Era un soldado. Ahora te hablará el romano.

—Soy tu devota, emisario de Roma la grande.

Marco Antonio, continuó sonriente:

—Y el romano, acepta la amable invitación de la reina de Egipto. Soy tu huésped, Cleopatra, y deseo rendir homenaje a tu discreción y a tu hermosura.

—Ahora sí que es Roma quien me habla—comentó complacida la reina—. Pero, si no estoy trascordada, creo haberte invitado a ti sólo, **triumviro...**

Todos los oficiales volvieron el rostro para no estallar en una carcajada ante la sutileza de aquella reina cuyas palabras eran estiletes que se adentraban en la carne.

Marco Antonio salvó la situación:

—Amigos míos: la reina Cleopatra agradece el homenaje que habéis querido rendirle, al dignarse visitarnos en Tarso. Mañana corresponderá a vuestra galantería y os devolverá la visita en vuestro propio campamento. ¿Es así, reina?

—Contad con ello, bravos defensores de las águilas invencibles.

—Podéis retiraros, y conceded un día de fiesta a las tropas, en nombre de la reina de Egipto.

Cleopatra les detuvo con un gesto:

—No os retiréis sin que antes haya correspondido a vuestra galantería, admirados guerreros.

Y dirigiéndose a sus sirvientes, suplicó con voz suave, felina, plena de ironías:

—Carmión, Iras, vosotras todas, hijas de Terpsícore, dad cada una de vosotras una flor a estos bravos oficiales. Que advierta el pueblo, al verlas en sus labios o en sus pechos, que es a una visita de cortesía, no a un abordaje, que han asistido...

Tan discreta como hiriente lanzada, dejó yerto a Marco Antonio. Estaba anonadado. Delio, a su lado, casi lloraba de emoción. Ella le alargó la diestra, que el oficial besó ávidamente. Al retirarse todos los oficiales, Cleopatra ordenó todavía:

—Y vosotras, mis dulces sirvientes, mis abnegadas esclavas, echad algunas rosas a la escolta del gran triunviro que en sus lanchas amigas rodea nuestra nave. Ved si sois diestras para dejarlas colgadas en lo alto de sus lanzas. De esta suerte no se verán los filos, al quebrarse en ellos los rayos del sol.

Marco Antonio, de puro aturdido, permanecía plantado en medio de cubierta, como una estatua metálica.

Una lluvia de flores cayó sobre los soldados romanos y en el puerto levantóse una oleada de vítores. ¡Por Roma! ¡Por la gran reina! ¡Por el triunviro Antonio! Los clarines sonaron festivos, los soldados corrieron a dejar sus armaduras en el campamento.

Lentamente apagáronse los gritos y disolvióse la muchedumbre. Toda la servidumbre retiróse de cubierta. Quedaron solos Marco Antonio y Cleopatra. Ella levantóse lentamente del lecho y la escultura de su cuerpo destacóse sobre el intenso fondo negro del trono, circundada por el halo de luz de la túnica. Las leves telas transparentaban las líneas finas, perfectas, de aquella maravilla de carne. Marco Antonio no apartaba de ella sus ojos. No sabía si era bella o no, pero su voz, sus gestos, su agudeza, le habían vencido por completo.

Ella se le acercó con caminar indolente hasta situarse muy cerca de él. Quedósele mirando, con la cabeza li-

geramente ladeada hacia arriba, pues era bastante más baja que él, y colocó uno de sus flexibles brazos sobre su hombro.

—Eres rudo, soldado. Respondes a tus hechos heroicos... Pero, eso, en la guerra. Aquí, a mi lado, no me places así. Quiero al romano, al bello descendiente de Hércules, al joven apasionado que ha llevado revuelta Roma con sus aventuras amorosas. Al mancebo que hacía temblar a las virtuosas vestales sólo con sus miradas. Al patricio que se arruinaba en una noche de orgía. ¡Quiero al Heráclida!

Marco Antonio sintió que las piernas no le sostenían, que su mente rodaba en el vacío y que la voluntad se derrumbaba envuelta en el vértigo de las sensualidades. Enlazó el talle de Cleopatra y succionó rabiosamente aquellos labios frescos que se le ofrecían tentadores, sabrosos, locos de color, como una granada entreabierta. Cleopatra, quedóse adormecida en sus brazos. Retembló toda ella. Retorcióse a la presión agotadora. Luego, pasado aquel momento de deleite, indicó a Antonio:

—Mis esclavas te conducirán a tu camarote. Allí encontrarás tus atavíos preferidos. ¡Vuelve pronto, Hércules mío! ¡Quiero seguir libando ese néctar de vida que he bebido en tus labios! ¡Hoy comienza para nosotros una nueva existencia! ¡Un mundo de felicidad nos aguarda! ¡Sepamos recorrer lentamente todos sus caminos y senderos! ¡El sol de la dicha quedará suspenso al contemplarnos! ¡Venus te aguarda, oh Baco inagotable! ¡Vuelve pronto, pronto!...

Marco Antonio, alto y hermoso como un cíclope legendario, obedeció dócilmente las indicaciones de Cleopatra y siguió a las esclavas. Ella, al verle desaparecer en las entrañas de la nave, balbució sonriendo:

—¡Al fin, un hombre, nada más que un hombre!

Y reclinándose en el lecho, abarcó un puñado de perlas y las dejó caer de nuevo en la oquedad de la cratera, escuchando indolente sus vibraciones metálicas...

El sol se hundía lentamente tras los altos picachos de

la abrupta Cilicia, y proyectaba sobre la aceitosa superficie del muelle de Tarso, tornasoles de acero. En el silencio, la reina Cleopatra seguía escuchando el tintineo de las perlas al caer en la cratera y sonreía, sonreía y sus pechos vibrátiles, eran como un eco a la sonrisa...

IV

EN EL TORBELLINO DE LA PASION

Si en Tarso apuró Marco Antonio todos los deleites del macho pletórico de energías y vitalidades, en Alejandría supo de todas las turbiedades de la llama senil, que pone fuego en el cerebro y hielo en las arterias. Lentamente, como el río de lava que avanza sórdido y despiadado y todo lo devasta y todo lo derrumba en su rodar apocalíptico, así, al pisar el fogoso guerrero los umbrales de la senectud, sintióse arrollado por las silentes olas de la lascivia inextinguible, y dejóse envolver por las nubes de ceniza de las pasiones insanas que si en sus amaneceres tienen luces rosadas, en sus crepúsculos se hacen densas e irrespirables hasta producir la asfixia.

El triunviro que saliera de Roma al frente de sus huestes con la voracidad del cachorro que corre tras la presa prometedora, cayó vencido en el regazo de Cleopatra y allí permaneció restregándose como un felino en la cálida almohada de sus carnes pecadoras. Y allí lo olvidó todo, desde su propia dignidad hasta los prestigios del pueblo que aspiraba a dominar al mundo. Y es que el mundo, el cielo, la tierra y las estrellas, todo cabe en los labios de una mujer cuando un hombre siente deleite al mirarlos. Inexplicable es este sentimiento, como inexplicable es que florezcan y granen los arbustos, pero en su mismo misterio está su excelsitud, en su misma locura, su razón y en su enigmática potencia, su mandragórica bio-

logía. El día que el amor se razona, es que ha muerto o no ha nacido el amor.
Y Marco Antonio, el libertino empedernido, que en su ruidosa juventud razonara el amor en mil labios diferentes, dejó de razonarlo en los de Cleopatra. Fué su primero y fué su único amor. La ley eterna se cumplió una vez más. En amor no existe la duplicidad. El ser humano sólo ama una vez. Se ha dicho ya esto muchas veces, pero todavía habrá de repetirse muchas más, mientras rueden los siglos.

Se me dirá, quizá, que muchos hombres aman dos y tres mujeres con la misma intensidad, con la misma pasión, con igual arrebató. Ya es eso lo que yo quise expresar. El amor en el hombre, sobre todo en el individuo de cultura muy trabajada, los héroes y los genios, no es subjetivo, sino objetivo. Pero esos individuos, al llegar a su acrópolis cardíaca o pasional, necesitan amar, necesitan polarizar los electrógenos de su víscera cordial sea como sea y a costa de lo que costare. Y es entonces que se desbordan, que se vuelcan, que lo arrollan todo, subjetivando, materializando, todo el éter, toda la inmaterialidad que fluye de sus arterias — toxinas o vitaminas, floración o secreción—para apagar el fuego que les abrasa, que no les deja vivir, que corroe su alma, en las aguas mansas del sujeto, de la carne. Es su remanso, es su puerto de refugio. Pero este sujeto, esta carne, puede multiplicarse hasta el infinito. Lo que es único, lo que sólo se produce una vez en la vida de los hombres, es el momento objetivo. Pasado éste, lo demás es una función puramente fisiológica. Aquéllo es una enfermedad. Esto una suave convalecencia. Aquéllo el infierno tentador, electrificante de la voluptuosidad. Esto el oasis, la arcadia, de los corazones atormentados. ¿Cuál de los dos es el verdadero amor? Nadie podrá contestar a esta pregunta. ¡Nadie! ¡Nadie! Cada individuo va contestándose a sí mismo, en su intimidad, a lo largo de la vida. Porque, la vida, es un vidrio en bruto, y sus destellos son el resultado de las facetas, de las tallas que el artista de su propia vida sabe arrancarle.

No es, pues, de extrañar, que al atravesar este momento febril de la vida, sólo de tarde en tarde, despertara Marco Antonio de aquel letargo dulce en que se hallaba sumido. Los latigazos de la realidad chasqueaban en sus carnes sin fuerzas y en aquellos momentos, asustado de su propia indolencia, lanzábase al frente de sus cohortes hacia las tierras vírgenes, hacia los horizontes dorados del triunfo y de la gloria. Pero, esclavo de su acrópolis cardíaca, cada batalla ganada, era motivo y ocasión para ser celebrada en los brazos de la mujer amada, de aquellos brazos de los que él quería huir, pero que no podía. En pleno campamento organizábanse sódomicas orgías. En la quietud de la tienda de campaña, rezaban Marco Antonio y Cleopatra la oración del amor a Venus corrupta, a Venus Citerea y Marte el bravo, Marte el arrogante, Marte el impiadoso, se apartaba indignado de las huestes romanas, al ver llegar impúdica a Astarté, con los muslos fragantes, prometedores, del brazo de Baco, coronado de pámpanos y seguido de un cortejo de vírgenes que caían desfallecidas sobre las tierras húmedas, rojas, empapadas en sangre de los muertos, ansiando sentir en sus pechos el crujir metálico de las corazas de la soldadesca desenfrenada.

Y tras las conquistas, venían los presentes. "Roma demuestra su grandeza, no sólo con lo que arrebató, sino con lo que da", decía Antonio. Y los reinos, los pueblos y las tribus conquistadas en lucha con los bárbaros, eran repartidos muníficamente entre su amada, los hijos con ella engendrados y los generales, tetrarcas y reyes favoritos que más se habían destacado en las orgías y bacanales, no en las batallas.

Roma hubo de advertir al triunviro su extraño proceder y él marchó sobre Roma dispuesto a castigar la osadía de la metrópoli. ¡Era Venus, no Marte quien armaba su diestra!

Una mujer se interpuso en su camino: Octavia, hermana del triunviro que, con Antonio, compartía los destinos del mundo. Un nuevo "sujeto" que Marco Antonio debía de devorar rápidamente. Muerta Fulvia, su

esposa, alejado de Cleopatra, casó con Octavia para ver de olvidar la pasión que le arrastraba hacia Oriente. Antonio cambió de sujeto; nada más. Octavia y Cleopatra equivalían a lo mismo. Pasó con ella en Grecia largas temporadas, para templar en aquel baño de serenidad sus agitados nervios. Baldío esfuerzo. Aquella matrona de ejemplares virtudes, no lograba apagar su sed de deleites y lujurias, su momento de fiebre cordial. No era el de Vesta el altar en que deseaba postrarse el triunviro. Afronia, Astarté, Tanit, Virgo Coelestis, Ishtar, Safo, ¡cuál! Lo esencial era ¡una!... pero no una vestal honesta, y recatada, con santo olor de hogar, sino una diosa envuelta en los inciensos del deleite y la lascivia.

Aparentando una recuperación de la voluntad que no existía, emprendió de nuevo el camino de Oriente. En su lanzamiento inicial conquistó nuevos reinos. Atravesó la Arabia y la Armenia. Aplastó a los sirios y a los medos y llegó victorioso hasta las playas de Fenicia. Pero fué un desbordar, un torbellino en que todo lo sacrificaba con tal de avanzar hacia las playas luminosas. Una idea fija le orientaba, le hacía audaz, intrépido, loco. Diezmaba su propio ejército, abandonaba las máquinas de guerra demasiado pesadas y en lugar de pactar con los pueblos sometidos y dejar establecido en ellos el poder de Roma, entraba a saco en las ciudades, decapitaba reyes, se apoderaba de todas las riquezas, toleraba los más atroces desmanes de la tropa y luego, cedía al mejor postor la corona ganada. Los soldados le aclamaban "imperator" al verle lanzarse a la batalla como otro general cualquiera. Como si sintiera hambre de gloria y de poder. Pero no era esto lo que le acuciaba. Otras ambiciones le atormentaban. Lo esencial para él era avanzar, acercarse a marchas forzadas al mar lejano, al mar en cuyas arenas hundíanse los pies delicados, centelleantes de oro y pedrería, de la reina de Egipto. ¡Ella era su norte, su razón, sus ojos in-

Cuando sus ojos vieron el azul movido, cuando sus pies pisaron el lejano rúmel de las arenas...

todo se derrumbó en su interior: la voluntad, el deseo insaciable de conquistas, la ferocidad bélica del triunfador. Pareció como si de repente hubiese llegado al fin del mundo, como si no existiera ya un más allá para las armas romanas. El pegaso indócil del apetito, galopaba en su interior pisoteando todo lo honesto y saludable, y él hundía el espolón de sus deseos en sus ijares para alcanzar la meta. Lograda ésta, lo demás no le interesaba. Reunió a sus generales y distribuyó sus fuerzas para que siguieran por sí mismos las conquistas guerreras, mientras él caía de nuevo en los brazos de Cleopatra, de los que no habría de levantarse ya más y en los que dejaría escrita la última página de la historia de su rodar de nómada. También es en un momento dado de la vida que los hombres escriben su historia definitiva y Marco Antonio había llegado al suyo.

V

LA INIMITABLE VIDA

Alejandro aprendió en sus reyes, indecibles placeres. Egipto todo, hundióse en el globo de cristal de los deleites, arrastrado por sus propios soberanos.

Abandonó el soldado las pesadas corazas, los relucientes espadaones y engalanó su cuerpo con sedas y tules femeniles. Campestres flautas y ensoñadoras cítaras, sustituyeron el vibrar de los clarines. Las turbadoras fragancias del loto y del jacinto, hiciéronle olvidar el tufo de las huestes sudorosas. El polvo de oro y de coral de las avenidas de cipreses y sicómoros, borraron de su memoria el caminar ansioso sobre lanzas y cadáveres. El asfixiante vaho de los campos de batalla, trocóse por las emanaciones de las azulinas volutas que se desprendían mansamente de incensarios y pebeteros.

Marco Antonio y Cleopatra, ausentes del mundo, vivían su "vida inimitable". Caminaban ingravidos sobre campos de nubes y sentían bajo sus pies el frescor de las flores que pisaban. Ardiente ella, como una brasa, encendidas sus arterias por las llamas de la lujuria, enroscábase como una serpiente al tronco senecto del amado, ya sin hojas, sin verdor en la copa, sin savia en las entrañas, y secaba la última gota de sus raíces exhaustas. Adorábanse lentamente, horas y horas, en éxtasis azules y rosados, como diosas. Era el de Antonio un amor contemplativo, sumiso, pronto a la esclavitud y al renunciamiento.

to. Era el de ella un amor enfebrecido, goloso, dominador, de mujer en el pleno de su vida.

En los claros de luna, Nilo abajo, tendida ella sobre la tapizada barca, le ofrecía, retemblando, su cuerpo de bacante impura, que él cubría de besos temblorosos. Las hierbas de las márgenes, llorosas sobre el río, acariciaban dulcemente sus cuerpos al pasar. En las quietas superficies de los lagos reales, junto al Nilo, reflejábanse la luz blanca, quieta, de la luna, y la de las estrellas movedizas. De tarde en tarde, iluminaba la bóveda una estela al caer. Suaves murmurios de las aves nocturnas balanceábanse en el espacio. Las ingentes palmeras, graciosas, levemente vencidas, formaban halos de luz en sus copas altísimas, como gigantes de innumerables brazos. Los lises dorados del Nilo, asomaban sus corolas sobre las aguas rutilantes, en los pensiles de los diminutos islotes. Las fragantes mimosas y las menudas violetas, olorosas como la miel, embalsamaban la noche. Surgiendo de la inmensa llanura, recortábanse las enormes pirámides reales y en sus relictas superficies marmóreas, espejábanse los rayos lunares, que aparecían y desaparecían tras las nubes blancuecinas colgadas en el azul. En los remansos del río, dibujábanse, a lo largo de las aguas sagradas, templetos y palacios y de sus terrazas elevábanse dulces acordes anchos y soñolientos. De súbito, de una manera inesperada, un ave blanca, de volar lento y acompasado, brotaba de la orilla y se perdía en la oscuridad, como una pincelada de un artista invisible.

Al pararse la barca en un recodo, descendían silenciosos los amantes, enlazados los talles, y caminaban sin hablarse en la tibieza de la noche. Los caminos musgosos, hundíanse blandamente bajo sus sandalias de byblos, engarzadas de perlas, y en las ramas de los árboles, suavemente gemían armoniosos. Al moverse algún pájaro, inesperadamente despertado, desprendíanse las hojas muertas de las acacias y caían mansas, sin fuerza, sobre los hombros de los enamorados. El canto largo, melancólico, de las aves nocturnas, cortaba el silencio solemne, yendo de unas a otras. Ellos seguían caminando,

caminando, sin rumbo y sin objeto, los ojos en los ojos, los labios en los labios, el pensamiento en la delicia ultraterrena de las horas perdidas en la inmensidad del espacio, en la dulce liberación del bajel sin remos y sin velas que marcha a la deriva en un mar llano, tranquilo, sin corrientes ni oleajes.

Al despertar la aurora, esclavas y sirvientes recorrían los reales jardines en busca de sus dueños y éstos aparecían dormidos bajo un árbol, ingenuos, como Dafnis y Cloe, o en la sagrada penumbra de algún templo, sentada ella en el altar, desnudo el cuerpo, sobre sus hombros el manto de la diosa, en las sienes la diadema sagrada, y él, a sus pies, roto, agotado, con un rictus de dolor en los labios y la mirada turbia, vidriosa, con la nube azulina de los peces ya muertos.

La dulce catalepsia del vivir no viviendo habíase apoderado de Antonio. Lo había olvidado todo. Aborrecía el trato de sus gentes de guerra y colmaba de favores y beneficios a sus afeminados favoritos. Las severas costumbres romanas y las austeras prácticas helénicas, habíanse borrado por completo de su mente y poco a poco iban minando su voluntad las complejas y taumatúrgicas costumbres faraónicas. Visitaba los templos egipcios con la misma unción y respeto que los descendientes de Ammon-Ra. Vestía sus trajes, seguía sus ritos y levantaba templos fastuosos a Serapis.

Roma entera crugía de indignación al haber noticia de tales desatinos. La esposa de Antonio no cesaba de mandarle correos para arrancarle del caos enfermizo en que se había hundido. Le amenazó con presentarse en Alejandría si no regresaba él a Roma a dar cuenta de su proceder ante el pueblo y ante sus hijos. El la ordenó que permaneciera en Grecia y no se ocupara de aquello que sólo a él correspondía.

Estaba perdido, irremisiblemente perdido. El alma egipcia, honda, misteriosa como una ciénaga fangosa en la selva virgen, había anulado por completo su voluntad. Hubo dos hijos de Cleopatra y los puso por nombre los del sol y la luna. Pervirtió en sus orgías, al mayor de los hijos

que había tenido con Fulvia. Entregábase a prácticas miserables. Gustaba del inmundo placer de ver torturar a sus esclavos y para avivar el rescoldo de las cenizas muertas del instinto, mandaba desdoncellar núbiles mocitas en presencia suya, al enlazar el cuerpo de Cleopatra sobre los lechos de crujientes sedas.

Temerosa ella de perderle y más temerosa aún del castigo de Roma, fingía intensas crisis durante las cuales no se apartaba Antonio de su cama, cuidándola como a una niña. Ella correspondía a tales desvelos con apasionadas caricias y no gustados deleites. Era diestra, terriblemente diestra en los juegos de amor. Diestra y obs-

cena. Cuando de aquel Marco Antonio, que al salir de Roma era ídolo de un pueblo, no quedó ni vestigio, Cleopatra, desde lo alto de las últimas terrazas de su palacio de Alejandría, sonrió triunfadora. Se había vengado en un hombre, en el más alto, en el más fuerte, de la raza odiada de los opresores.

VI

EGIPTO Y ROMA

Graves rumores procedentes de Roma habían llegado a oídos de Cleopatra. Decíase que el Senado había acudido al ya duunviro, en demanda de que se obligara a regresar a Antonio. De ser esto verdad, su ruina era inevitable. Roma mostraríase inexorable con ella. El testamento de Antonio no sería respetado, anularíanse sus donaciones, se la despojaría de su reino. Precisaba enfrentarse con Roma, a costa de lo que fuera. Era indispensable demostrar a la metrópoli que Cleopatra no la temía. De Marco Antonio, no quedaba nada, absolutamente nada. Aquel general intrépido que arrastraba a las huestes con sus bravas arrogancias, había muerto para siempre. El táctico no existía. El águila que sabía remontarse y volar por sobre las falanges romanas hasta llevarlas a la victoria, habíase convertido en un gato sagrado de los templos de Ammón, y gustaba de su obscuridad y del regazo tibio de la reina. Pero de Marco Antonio en su derrumbamiento, quedaba una cosa: el nombre. Cleopatra se asió a él para alzar contra Roma a las propias huestes romanas diseminadas por todo el Oriente.

Marco Antonio dudó al escucharla. ¡El contra Roma! ¡El contra su propia patria! Aquella era una locura a la que jamás accedería. Pero accedió. Fué preciso un nuevo esfuerzo de la reina endiablada para obtener su consentimiento.

Hizo construir una nave fastuosa a la que puso por nom-

bre "Antoniada", y con ella trasladóse a Samos con su amante. Y en aquel islote del mar Egeo, aquel mar que envolvía en sus canciones de lujuria la perversa Lesbos y las turbadoras Ciclades, aquel mar engañoso que besaba con sus olas, de un lado Grecia, patriarcal y ponderada y de otro lado la barbarie asiática, fué la losa que había de caer sobre la tumba de un héroe.

Cleopatra mandó comparecer en Samos, todos los comediantes, todos los músicos, todas las danzarinas orientales y helénicas, y organizáronse festivales monstruosos en los que él y ella tomaban parte. Vestía ella mantos y vellos de las divinidades egipcias, al tiempo que él presentábase en los festivales tocado con los atributos de los dioses inmortales. Senecto, retorcido su cuerpo como un árbol sediento, se le veía con los pámpanos de Baco rodeando sus sienes hundidas y con la piel de león sobre el tórax, que no alcanzaba a cubrir más que su cintura. Era algo grotesco, algo verdaderamente doloroso ver aquel pingajo humano, ser objeto de burla más que de admiración de sus vasallos. Argos y Esparta, peñascos avizores en los salientes griegos, hundíanse en el mar avergonzados al mirarle.

La orgía duró meses, en el curso de los cuales Cleopatra mandó concentrar todos los hombres útiles para la guerra. Luego llamó a los generales romanos a los que cegó con sus dádivas y promesas para que se decidieran a marchar sobre Roma. Aceptaron unos; desertaron otros indignados. Pero el nombre de Marco Antonio era el airón que decidía a muchos. Sumáronse al ejército de Cleopatra, Boco con sus audaces africanos; Tarcondemo, de la Cilicia; Arquelao, de la Capadocia; Mitrídates y Abdala, de la Tracia; Malco con sus arábigos; Herodes con sus judíos, hasta formar un ejército de más de cien mil hombres.

Cleopatra estaba radiante. Centelleaba en su frente el halcón de Horus, brillaba en su pectoral el toro de Osiris, glorificaba su testa el disco solar de Ammón. ¡Egipto era ella! Mandó construir naves y máquinas de guerra. Labráronse lanzas, flechas y jabalinas en cantidades enor-

mes. Vistióse fastuosamente a jefes y oficiales. Despojóse al pueblo de joyas, bienes y aperos para convertirlos en pertrechós de guerra y mientras Egipto, el Asia toda, lloraba de temor ante las locuras de aquella reina endiosada, en Samos se cantaba, se bailaba, lanzábanse hombres y mujeres a las más disparatadas orgías, y Cleopatra, la reina, la diosa, cubierto su cuerpo con los mantos sagrados de Isis, hacíase fecundar ante la incierta mirada de Antonio, por un Osiris encarnado en la recia musculatura de un gigante etíope, con una piel de toro en los hombros y unos enormes y enhiestos cuernos en la frente.

Cuando Cleopatra creyóse suficientemente preparada para hacer frente a Roma, llevóse a Antonio a lo alto del Kerketeus y radiante, ébria, le dijo, abriendo sus brazos a lo ancho del mar:

—¡Mira!

Antonio creyóse transportado a un país de leyenda al contemplar el espectáculo. Sus ojos abríanse enormes para convencerse de la realidad. Palpábase a sí mismo con las manos y miraba a su alrededor temeroso de no vivir en la realidad. Balanceándose sobre la inestable llanura del mar, veíanse centenares y centenares de bajeles pertrechados y equipados para la guerra. Sus velas luminosas, de múltiples y detonantes colores eran estallidos bélicos en el fondo verdoso de las aguas. Los brillantes espolones de proa demandaban flancos romanos donde hundirse. Las simétricas hileras de remos parecía que aguardaran una orden suprema para sumergirse todos a un tiempo en las ondas juguetonas.

Marco Antonio preguntó con voz apenas perceptible:

—¿Qué te propones, Cleopatra?

—¡Ser reina y hacerte rey del mundo! Roma te ha despojado de todos tus atributos y está a punto de declararte enemigo de la patria. ¡A ti, Marco Antonio, a ti que hiciste infinitos sus dominios!

—¡Pero yo amo a Roma, Cleopatra!

—¡Si la amas, sálvala! Ahí tienes más de ochocientas naves, ¡aquí aguardan más de cien mil hombres.

¡Salva a Roma, descendiente de Hércules! ¡Sálvala y sálvate!

Pocos días después partía para Grecia la flota de Marco Antonio mandada por dos naves capitanas: la del duunviro y la de Cleopatra. Y unos meses más tarde, en Actium, el sol de Marco Antonio se había puesto para siempre. Al iniciarse la batalla naval, error funesto para siempre de Marco Antonio, tan diestro y tan sagaz en tierra firme, vió con espanto el héroe que la "Antoniada" la nave capitana de Cleopatra y otras sesenta más a ella subordinadas, ponían popa al enemigo y emprendían una fuga vergonzosa.

Marco Antonio, aturdido, desesperado, corrió tras ella, como alma a la que se le escapa el cuerpo. Era una huida cobarde, sin lucha, sin arrestos. Octavio y Agripa, desde lo alto de las proas de sus naves contemplaban con verdadero estupor aquella retirada inexplicable, aquella defección inconcebible, y doloridos, con un gran frío en las arterias, pudieron darse cuenta de que Marco Antonio, el temible general de otros días, no era digno de ser considerado ya ni como un enemigo de Roma.



...aquellos brazos de los que él quería huir y no podía

VII

LA COMUNION DE LA MUERTE

Días de angustia sucediéronse monótonos unos a otros para los vencidos. Las nubes muertas del cansacio moral y del derrumbamiento del espíritu, les envolvieron y acobardaron. Las naos egipcias, sin mando y sin gobierno, surcaron errantes, como fantasmas, las llanuras inmensas de los mares. Sus tripulantes, lejos de luchar con las olas embravecidas, dejábanse arrastrar por éstas, mecidos en el dulce deseo de verse tragados por ellas. Era un hundimiento voluntario de arrogancias, prestigios, y sueños luminosos. Cenizas sin rescoldo. Marco Antonio vagaba silencioso por la cubierta, humilde y acorralado como un esclavo, sin hablar con nadie. Eros, su siervo favorito, lloraba desconsolado, al negarse su amo a tomar alimento. Perdida hasta la sombra de la autoridad, soldados y oficiales confundíanse sin jerarquías. Por fin, a ruegos insistentes de Cleopatra, trasladóse Antonio a su nave capitana. La reina le aguardó en su camarote. No quiso verla ni hablar con ella. Sentado en lo alto de la proa, se le veía noche y día con la cabeza hundida entre las manos y los hombros doblados hacia el suelo. Era un nuevo Prometeo encadenado, pero sin atreverse a mirar a la altura: vencido. Al llegar a tierras de Africa, reconciliáronse los dos amantes y pasaron juntos unos días. Fueron de arrobo contemplativo. La derrota separaba sus cuerpos. Un frío intenso cortaba sus besos. Antonio deseaba y nece-

sitaba la soledad. Rogó a Cleopatra que regresara a Egipto y él permaneció en Africa acompañado de Aristócrates y Lucilio, dos incondicionales suyos, y de su esclavo Eros, que no cesaba de llorar al ver a su señor en tan lastimoso estado. Era un dios, derrotado, sin fuegos celestes, sin nimbos, sin tridente ni báculo. Un crepúsculo sin sol. ¡Era un vencido!

Vagaron semanas enteras por los desiertos arenosos, sin osar mirarse cara a cara. Estaban como asustados de sí mismos. Una oquedad espantable reinaba a su alrededor. Como tumbas. Una gran soledad les rodeaba. El sol inclemente quemaba sus cuerpos, que no sentían ya ni el dolor ni el placer. Caminaban sórdidos, mudos, con los labios cerrados y una arruga en la frente. Solos, inciertos, vagabundos, erráticos. Al atravesar los poblados huían de las gentes como apestados. Les aturdían los contactos humanos. Se erizaban sus cabellos al darse cuenta que la vida seguía su marcha imperturbable. Sus propios vasallos africanos, ignorantes del desastre de Accio, querían festejarles, mas ellos huían siempre, siempre...

Los ejércitos de tierra, aun conociendo la derrota naval, mantuviéronse fieles, en espera de que Marco Antonio acudiría a tomar el mando supremo y todavía daría mucho que hacer a Cesar. Pasaron bastantes días resistiendo el empuje de las cohortes romanas y la victoria se presentaba indecisa en los combates; pero notábase en los ejércitos de Oriente una falta de cohesión y de unidad que sólo podía darles el acobardado duunviro. "¡El vendrá!", decíanse interiormente los soldados, "¡El vendrá y vencerá!". Y esperaban.

Canidio, el general de confianza de Marco Antonio, al ver que éste no comparecía y que a no tardar serían vencidos sus hombres, desertó de las filas y dejó abandonadas las tropas. Esto dió motivo al natural desorden; pero los soldados mantenían viva su fe ciega en Antonio y esperando su llegada de un momento a otro dieron tales pruebas de fidelidad y de virtud, que el propio Antonio sintióse avergonzado al conocerlas.

—No has tenido fe en nosotros, Antonio — decía uno de sus hombres, moribundo — y nos has dejado abandonados en tierra firme, entregándote con ardor a la suerte varia de unos leños que agitaban las olas a su antojo. ¡Ah, si hubieras dejado el mar para los egipcios y fenicios y te hubieras acordado de que en la playa te esperaban unos hombres que sólo han aprendido a morir o a vencer al enemigo!

Aunque tarde, Antonio había de reconocer la certeza de estas observaciones y la desesperación se apoderaba más y más de él a medida que iba dándose cuenta del enorme desastre que sus armas habían sufrido.

Pensó en sus dioses, quiso enfrentarse con los manes que otros días le fueran propicios y cerró los ojos espantado. Ya no le sonreía Hércules, ya Marte no levantaba su diestra y le decía señalando al lejano horizonte: "Sigue adelante, yo te amparo", ya Júpiter no le miraba complacido desde su solio altísimo, sobre nubes rosadas y celestes, ya Diana se negaba a guiar sus corceles sin brida y sin bocado, ya Minerva miraba con recelo sus ejércitos. Estaba solo, espantosamente solo en mitad del mundo, vacío y sin sentido. A lo lejos, sobre un cantil cortado a golpe de hacha, Vesta le contemplaba con un frunce en la frente y los brazos cruzados sobre el pecho. ¡Vencido! ¡Derrotado! ¡Hueco! ¡Solo! Y en la soledad sin límites, sin raya, sin horizonte, volaban unos cuervos negros, agoreros, fatídicos...

A ruegos insistentes de Cleopatra, que uno tras otro no cesaba de mandar emisarios, regresó Antonio a Egipto, al darse cuenta de la inutilidad de sus propósitos de quitarse la vida, pues sus amigos no le dejaban un momento y le habían arrebatado todas las armas con que pudiera herirse. ¡Ni aun de matarse era dueño! Y es que los cobardes, como él, no mandan ni en su propia vida.

En Alejandría tuvo una grata sorpresa. Cleopatra había hecho cargar todas las naves mercantes de que disponía con sus más preciados tesoros y se aprestaba a atravesar el mar Rojo, para huir de la esclavitud y de

la venganza. ¡Ella no caería esclava de Roma! ¡Eso, nunca, nunca...!

—Allí, lejos de todo el mundo, solos, seremos felices, Antonio — le decía—. Huyamos pronto, antes de caer en poder de los romanos, porque ahora sí que comprendo que mi felicidad está en ti. ¡Tú eres mi principio y mi fin, Antonio! ¡Tú eres el brillo de una estrella en la noche sin luces! ¡Huyamos, huyamos!

Humedeciéronse los ojos del amante al escuchar las tiernas palabras de Cleopatra, mas la fatalidad quiso que del otro lado del mar fueran rechazadas e incendiadas las primeras naves de Cleopatra por los nómadas y el bello sueño de la reina de Egipto, no pudo realizarse.

Un abandono total apoderóse del vencido. Un frío de muerte recorrió sus arterias. Nubláronse sus ojos. Plegó alas su mente. Sabía que a no tardar las naves de Roma estarían en Alejandría y que todo habría terminado para él y los suyos. Roma no perdonaba a los rebeldes. Les humillaba, les hundía ante el pueblo inconsciente. Mandó que le prepararan una estancia en la isleta de Faros y allí decidió pasar los últimos momentos de su vida, acompañado de Eros. Por las noches se le veía junto al torreón luminoso, escrutando la lejanía, como si esperara de un momento a otro la llegada de las naves imperiales. No era un águila avizora y amenazante en lo alto del picacho, era, sí, un mochuelo acurrucado en un hueco del cantil, como una gárgola sin vida.

Eros, a sus pies, infantilmente ingenuo, atisbaba todos sus movimientos y su diestra no abandonaba la espada que su amo había ordenado que le hundiera en el pecho cuando él se lo indicara.

Cleopatra iba todos los días a verle breves momentos y apenas si cambiaban más allá de un beso, con los ojos fijos en el horizonte. Después se ocupaba en una obra gigantesca, en la obra de su vida y de su muerte, como decía ella a sus esclavas. Allí, junto al templo de Isis, sobre los fieros acantilados alejandrinos, veíase un hormiguero de hombres que trabajaban incesantemente no-

che y día. Moles enormes de mármol y pórfidos cristálicos, iban surgiendo imponentes sobre el fondo azul del mar. Onices y alabastros eran moldeados por los más diestros artífices. Cleopatra, que dirigía por sí misma las obras, acuciaba a los esclavos y alentaba a los artistas.

Un día pudo arrancar a su amante de la isleta y lo condujo, a través de las soberbias edificaciones que bordeaban el puerto, hacia la puerta Canópica que conducía al templo de Isis. Allí le mostró orgullosa su obra. Era un panteón enorme, fastuoso, en el que todo el mundo había puesto todo su saber. Un cuadrángulo de piedra, sobrio y sencillo, con unos ventanucos muy largos y achatados en lo alto. Por todo adorno, un friso griego y el globo alado, inmenso, como si las alas fueran el manto infinito de la muerte.

—Es nuestra "casa", Antonio — le dijo ella reclinando dulcemente la cabeza sobre el pecho de su Hércules derrotado—. Dentro hay la eternidad. Nuestra casa es más fuerte que los hombres. Los muertos son de los dioses.

Lloraron en silencio. Lentamente descendieron enormes lagrimones por sus mejillas. Luces ultraterrenas nimbaban sus pupilas estáticas. Sus labios se juntaron castamente y por primera vez sintieron uno y otra, la dulcedumbre del amor sin mácula, del amor sin carne, sin deseos, sin más ansias que el leve aletear de las almas en resurrexit. Jugaron morir juntos antes que entregarse al vencedor; pero juraron también, no matarse mientras no fuera ello preciso. Matarse ante el peligro, es de cobardes y ellos no le temían al peligro. Odiaban sí la esclavitud. Eran dioses y los dioses no se entregan como los hombres. Vencen o mueren.

Desde aquel día, ante la gran verdad de la vida y de la muerte, transparente y sin velos, sintiéronse liberados de un gran peso y volvieron a vivir las locas alboradas de sus días primeros. Alejandría toda, al conocer el juramento de sus reyes, siguió su ejemplo. Esposos y enamorados formularon el mismo voto. Era la comunión de la muerte, la postrera gallardía de la nobleza de todo un



La túnica de Isis ajustóse a sus líneas corporales

pueblo, que no quería ser esclava. Ante Roma la grande, la tumultuosa, la pagana, la gozadora, erguíase el sepulcro imponente del legendario Egipto, entregado al aquelarre de una noche sin nuevo día, de una orgía sin compás y sin freno.

* * *

Octavio Cesar, para atender asuntos ineludibles, había regresado a Roma, donde habría de pasar el invierno, pero después, al florecer los árboles, al balancearse en sus tallos las pomposas rosas de Alejandría, formando calles de color y de fragancia, volvería el ya dictador al frente de su ejército y de su armada y se apoderaría de Egipto. ¡De sus piedras, sí, mas no de sus nobles y de sus riquezas! Estas y aquéllos desaparecerían en el último festín envuelto en llamas. Sería el apoteosis de una raza legendaria. El rasgo póstumo de una estirpe indomable.

Cleopatra mandó trasladar al Panteón todas sus joyas y se prepararon en su interior estancias materialmente recubiertas de oro y pedrería. Ella y Antonio permanecerían en su fúnebre "palacio" noches y días, entregados por completo uno al otro. Gozaronse como dioses, como niños ingenuos, como sátiros viejos. Una extraña mezcla de Hércules e Isis, Dafnis y Cloe, Baco y Afrodita, Vesta y Dionisos, fueron sus amores postreros. Sus carnes, enfebrecidas, abríanse a todos los cálices del placer. Gozábanse plenamente, en un deleite corporal absoluto que percibían en la medula y recorría las yemas de sus dedos. ¡Hasta las cejas percibían temblorosas el goce!

Las calles de Alejandría veíanse recorridas por grupos de bacantes y sátiros que se entregaban a todos los deleites del sentido delante del populacho y cabalgábanse ávidamente como sementales enfurecidos por la lujuria, co-

mo si les faltara tiempo para las cópulas. Eran los nobles de Egipto que vivían los últimos días de su vida.

Al llegar la primavera, el temido desenlace comenzó a realizarse. Las naves romanas aparecieron en el firmamento. Por los desiertos de Africa y de Siria avanzaban las cohortes de la República. Antonio, al ver lucir las lanzas no lejos de las puertas de la ciudad, reunió todos sus hombres y lanzóse con ellos a un ataque loco, desenfadado, suicida, dispuesto a morir como correspondía a un romano. Mas la caballería de Octavio no le hizo frente. Huyó despavorida al aparecer el ejército egipcio, como respondiendo a una consigna. Realmente era así. Octavio deseaba entrar en Alejandría, sin luchar, victorioso, pero como mensajero de paz y apoderarse así de todas las riquezas que temía fueran destruidas. Ansiaba, además, un preciado botín: los cuerpos vivos de Marco Antonio y Cleopatra, para llevárselos a Roma y pasearlos por la metrópoli en las carretas de su cortejo triunfal.

Antonio le desafiaba, le mandaba retos constantemente, a los que Octavio contestaba con palabras cordiales. Desesperado al adivinar los proyectos de su enemigo, reunió Antonio a todos sus fieles en un fabuloso banquete en el que manjares y mostos lo inundaron todo. Llamóse al pueblo y se le hartó hasta la saciedad. Fué una noche de orgía inenarrable. El pueblo, agazapado sobre los triclinios, comía lentamente, de bruces, como las fieras del desierto. Al borde de las mesas, gozábanse las parejas, mecánicamente, sin fuego ya en las venas, sin más objeto que el de agotarse unos a otros. Hombres ciclópeos, de gigantesca musculatura, yacían al suelo con mocitas núbiles que se debatían en sus brazos lanzando agudos gritos de placer y dolor al sentir desgarradas sus carnes virginales. Sacerdotes y sacerdotisas rasgaban sus túnicas sagradas y entregábanse impúdicos unos a otros, evocando y desfloreando sus dioses. Antonio y Cleopatra retorciábanse sobre los céspedes floridos, apurando el caliz de todos los placeres, que no eran ya placeres, que eran desgarradoras torturas de la carne.

Cuando sobre la campiña alejandrina comenzó a brillar el sol, cuando las aves cantaron en los árboles, cuando las flores tuvieron ya color y fueron forma, Antonio abandonó el cálido regazo de su amada y la rogó que le esperara en el Panteón.

—¡Vivo o muerto, volveré, esposa mía! ¡Sí, sí, volveré, esposa, porque ahora, en este día que es el último de nuestra vida, quiero darte el dulce nombre de esposa! Tú lo has sido todo para mí. Nada hay en mi mente que no lo llenes tú. ¡Fuiste mi amanecer y eres mi ocaso! ¡Adiós, esposa, hasta pronto!

Y huyó de los brazos de Cleopatra, que lo enlazaba temblorosa, vidriados los ojos por las lágrimas, al escuchar expresiones tan nuevas para ella, tan honestas, tan íntimas.

En las colinas que circundaban la ciudad, formó Antonio sus tropas y a una señal suya vió partir del puerto sus naves hacia las romanas para entablar la postrera batalla, mientras él se enfrentaba, seguido de sus huestes, con las águilas imperiales. Veinte siglos de Egipto le miraban. Otros siglos futuros habrían de juzgarle. Antonio sabría ser Antonio. Cuando creía que la batalla iba a comenzar en el mar, vió que sus naves levantaban remos y saludaban a las enemigas. Uniéronse a ellas y juntas pusieron proa a Alejandría. Presa de angustia infinita, dió a sus jinetes orden de atacar, mas éstos, al llegar cerca de los ejércitos romanos, depusieron las armas y reuniéronse con sus hermanos de raza. Romanos eran todos y no debían luchar entre ellos por la locura de un hombre. Recurrió a la infantería egipcia, y también ésta se entregó sin luchar, vencida, humillada.

Antonio contemplaba estupefacto aquellas defecciones inconcebibles. No acertaba a comprender lo que estaba ocurriendo. Todo se derrumbaba a su alrededor. Todos le abandonaban. No tenía confianza en nadie. Llegó incluso a dudar de Cleopatra al verse traicionado por los soldados de Egipto. La hora definitiva había llegado. Sintióse ya cadáver. El cabalgar trepidante de un corcel le hizo abrir los ojos. Un mensajero se le acercó.

—¿Quién te manda?

—Cleopatra, mi señora, ha muerto.

Le pareció que el jinete desaparecía como una sombra, como un pájaro monstruo, en el campo raso, seco, sin hierba. Antonio no quiso saber más. Llamó a su esclavo Eros, desnudóse el pecho, y ordenó:

—¡Hunde sin piedad este acero en mis carnes!

Eros, lívido, con los ojos extraviados, levantó la espada, y la hundió en su propio pecho. Antonio le acarició al verle morir.

—¡Pobre esclavo mío, que me enseñas mi verdadero camino!

Cogió el ensangrentado acero, lo afianzó contra el suelo y precipitóse sobre la ancha hoja que se hundió en su vientre.

El mensajero de Cleopatra corrió hacia Alejandría al ver el espantoso fin del rey. Al través de las puertas del Panteón, cerradas para todo el mundo, comunicó la noticia. Cleopatra, que no había sufrido más que un intenso desvanecimiento, ordenó que le trajeran vivo o muerto el amado.

Obedeciéronse las órdenes de la reina y Marco Antonio fué conducido agonizante al Panteón. No se abrieron sus férreas puertas. Envuelto en telas, fué izado penosamente aquel cuerpo inanimado e introducido con grandes dificultades en él por una de las ventanas y colocado sobre un túmulo de flores. Cleopatra permaneció al lado de su amado y bebió sus últimos suspiros. Cuando Antonio dejó de respirar, ella levantó la cabeza y en sus labios floreció una extraña sonrisa. Sus ojos movíanse lentos, inciertos, con vagarosos cambiantes. Su abundosa cabellera desparramábase a lo largo del torso.

—No hacer ruido. Duerme — dijo a sus esclavas—. Duerme para siempre. Yo soy el espíritu de Kâ, que velará por él y le guardará de todo mal. Pronto iremos juntos a cultivar los campos inmensos de Yalú...

Y arrodillada delante del cadáver cantó una canción dulce, melangiosa, triste...

ternuras. Luego le enterró, envuelto en todos los bálsamos humanos y divinos y cubrió su cuerpo con un manto de besos...

Pasaron días. Octavio suplicaba a Cleopatra que abandonara el sepulcro y la prometía respetar a su pueblo y volverla a su trono. Ella, al lado del sarcófago del amado, seguía cantando canciones dulces como vibrar de címbalos y percutir de arpas, en las que invocaba al infeliz Osiris, asesinado por Tifón, el hermano perverso. Rezaba, lloraba, suplicaba, amenazaba. Era en ocasiones mansa como un cordero y en otras irreductible como el huracán. "¡Ha muerto, ha muerto!" — gritaba desesperada rasgando sus túnicas y arañando sus pechos.

"Pero nuestro hijo, será el brazo
"de Horus vengador.
"Y yo guardaré tu cuerpo, como Isis
"guardó el de su desventurado esposo Osiris.
"Y nuestras carnes se juntarán, como se juntaron los catorce trozos del cuerpo de Osiris.
"Y luego, al renacer, seremos felices
"en el Reino Eterno de los Muertos.
"Y tus asesinos comparecerán ante
"los cuarenta y dos jueces y serán
"juzgados implacablemente.
"Y se hará la justicia.
"Y la felicidad fecundará de
"nuevo las entrañas de las tierras
"viejas de Kemé.

Así, sumergida en las nebulosidades de sus complicadas creencias, dejaba Cleopatra transcurrir mansamente los

días. Cada imprecación era repetida infinitas veces y ella se sentía en un mundo inmaterial, en una región ultraterrena, rodeada de sus dioses sagrados, al escuchar su propia voz, dolorosa unas veces, terriblemente amenazadora otras.

* * *

Cansado el Cesar de suplicar inútilmente, dió orden de que se penetrara en el sepulcro por las aberturas de las rocas que en lo alto aireaban el panteón. Uno de los soldados, que había servido al lado de Antonio, conoedor de la orden que debería ser cumplimentada al día siguiente, corrió al sepulcro y al través de la puerta comunicó a la reina la noticia. Desesperáronse las dos esclavas que le acompañaban en su lúgubre estancia al darse cuenta de que su reina sería reducida a la esclavitud. Ella, serena, impasible, las dijo que no lloraran. Pidió el baño, en el que hizo se extremaran los cuidados. Esenció su cuerpo con las más ricas esencias. Finísimas telas cubrieron sus carnes. La túnica de Isis ajustóse a sus líneas corporales.

Mandó encender todas las luces. Lengüeteaban en las cuencas transparentes de onix y alabastro las llamas intermitentes de los amarillentos óleos y se reflejaban sobre el oro y la pedrería de los muros, que resplandecían como filones tallados en la roca. Finas columnas de humos azulinos levantábanse en lentos y complicados torbellinos de los incensarios y pebeteros. Las flores, muscias, despedían fragancias asfixiantes. El ambiente se hacía irrespirable. El sepulcro era todo él un áscua de oro, como si piedras y metales preciosos hubieran sido fundidos en un crisol inmenso. Cayeron de rodillas las mujeres y rezaron. Luego besaron el suelo. Invocaron a Osiris, rey de la eternidad.

"¡Guíanos en nuestro camino, hacia los campos de Yalú...!"

Cleopatra pidió la diadema cimerada por la pitón sagrada. Una vez rodeadas con ella sus sienas, tendióse sobre un lecho de flores blancas, alfombrado de tapices dorados y besó a sus dos esclavas. Quedó sobre el túmulo como un gran caliz.

Un silencio impresionante lo envolvía todo. Se escuchaba transcurrir el tiempo.

—¡Adiós, Carmión, la buena! ¡Adiós, Iras, la hermosa! — musitó la reina con dulzura, acaricando a sus esclavas. Ellas besaron sus pies. Después sus manos.

Arrancó de la diadema la serpiente dorada y en su base vióse brillar intensamente una punta de acero. Era una estrella de luz blanca, cegadora, en el espesor del ambiente. Con la sonrisa en los labios la contempló Cleopatra breves momentos y la hundió por dos veces en su brazo. Luego musitaron sus labios:

—Antonio, amado mío, nunca creí que fuera tal mi amor por ti. Pronto estaré contigo. Por muchas que hayan sido mis desdichas, ninguna como esta de vivir unos días apartada de ti. Recíbeme en tus brazos que todo me lo dieron, amado mío...

No habló ya más. Cuando al día siguiente los soldados del Cesar penetraron en el sepulcro, encontraron inanimados tres cuerpos de mujer. Las esclavas quisieron ser dignas de su reina.

* * *

Augusto mandó que fueran enterrados juntos los cadáveres de los dos amantes y les hizo rendir honores póstumos.

Cuando al regresar de la ceremonia el populacho se entregó a la furia de derribar las estatuas de sus difuntos reyes para agradar al Cesar, éste hubo de suplicar que dejaran en pie las de Cleopatra.

—Al fin fué una reina, una gran reina que quiso la grandeza de su pueblo. En cuanto a Antonio, Roma le juzgará. Yo deploro su muerte desgraciada....

F I N